
F
2726
.A44
A 407026


PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

AMADEO ALMADA

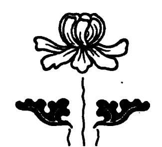
# EL PROBLEMA NACIONAL

MONTEVIDEO
1905

Amadeo Almada



# El Problema Nacional



**Primer premio en el concurso organizado por La Tribuna Popular con fecha 29 de Octubre de 1904.**

MONTEVIDEO
Imprenta de «La Tribuna Popular», Ciudadela 74
1905

# Fallo del Jurado

Señor Director de La Tribuna Popular, don Eduardo Ferreira—Distinguido compatriota:—Acompañamos á la presente el acta original en la que consta el término de los trabajos llevados á cabo por el Jurado designado por La Tribuna Popular, para fallar en el concurso abierto por el mismo diario con el tema «El Problema Nacional».

Nos es muy grato, con este motivo, felicitar á ese órgano de publicidad por su oportuna iniciativa, cuyo èxito ha superado las mayores esperanzas, — tributando también nuestro aplauso Á TODOS los nobles trabajadores que han acudido al llamado de La Tribuna Popular, movidos por altos ideales y patrióticos sentimientos.

Agradeciendo el honor de que se nos hizo objeto, saludamos al señor director con nuestra consideración más distinguida.—*José P. Massera—Joaquin de Salterain—Manuel Herrero y Espinosa.* — Montevideo, Abril 10 de 1905.

En la ciudad de Montevideo, á 10 de Abril de 1905, reunido el jurado designado para fallar en el concurso abierto por LA TRIBUNA POPULAR con el tema: *El Problema Nacional*, después de un estudio particular y comparativo de los trabajos presentados, resolvió por unanimidad lo siguiente:

*Primero*—Adjudicar el primer premio al trabajo cuyo lema es: *Laboremus.*

*Segundo*—Adjudicar el segundo premio al trabajo cuyo lema es: *Labor omnia vincit.*

*Tercero*—Recomendar á los efectos de la base 5.a del concurso, los trabajos cuyos lemas son los siguientes:

*1.o Demos.*

*2.o No hay panacea social; hay diariamente un progreso que hacer; pero nó de solución inmediata, definitiva y completa.* —GAMBETTA.

*3.o Las corrientes que mueven las ruedas de las máquinas del mundo, nacen en los sitios solitarios.*

El jurado resolvió declarar que tanto los trabajos premiados, como los recomendados al efecto de la base 5.a del concurso, han sido estudiados teniendo en cuenta especialmente el vigoroso esfuerzo intelectual que representan, sin que ello importe solidaridad con muchas de las ideas que en aquellos se expresan.

Resolvió, además, que la apertura de los sobres que contienen los nombres de los autores se verifique en la redacción de LA TRIBUNA POPULAR el día miércoles á las 10 y 1[2 de la mañana.

Para entregar á la Dirección de LA TRIBU-

NA POPULAR firmamos la presente acta en el lugar y fecha del encabezamiento.—*José P. Massera.—Joaquín de Salterain.—Manuel Herrero y Espinosa.*

—

De acuerdo con la resolución del jurado, éste se constituyó en la dirección de LA TRIBUNA POPULAR y procedió á rasgar los sobres que contenían los nombres de los autores, dando el siguiente resultado:

1.o Laboremus—Autor: Amadeo Almada, 1er. premio.

2.o Labor omnia vincit—Autor: doctor Carlos Martínez Vigil, 2.o premio.

3.o Demos—Autor: doctor Félix Vitale.—Recomendado.

4.o No hay panacea social, etc.—Autor: Senador Josè Espalter.—Recomendado.

5.o «Las corrientes, etc.»—Autor: José Virginio Díaz.—Recomendado.

No siendo para más el acto, firmamos la presente en Montevideo á 12 de Abril de 1905. *Manuel Herrero y Espinosa—José P. Massera—Joaquín de Salterain — Eduardo Ferreira.*

AMADEO ALMADA

# EL PROBLEMA NACIONAL

MONTEVIDEO
1905

so, ávido de investigación, el señor Almada aprovecha los ratos que le dejan libres las ocupaciones de su oficina, para dedicarse á estudiar los hombres y las cosas de su tierra. «Desde allí,—nos decía—desde la sombra que me envuelve, veo pasar á la clara luz del sol un mundo para mí conocido, pero no por eso menos interesante. Y me sirvo de él para hacer hondas observaciones y análisis». Fruto de esa observación y de ese análisis, es el trabajo con que ha concurrido al concurso promovido por este diario, que hoy comenzamos á publicar, y que constituye la mejor credencial de su talento.—*N de la R.*

(La Tribuna Popular de fecha 15 de Abril de 1905).

# EL
# Problema Nacional

**Indicación de los medios que deben emplearse para apresurar la marcha del país hacia mejores destinos.**

## CAPÍTULO I

### Algunas generalidades

¿Hay entre nosotros uno ó varios problemas fundamentales cuya acertada solución espere ansiosamente el país para consagrarse, de una vez por todas, libre de un exceso de preocupaciones, á la tarea afanosa pero tranquila de elaborar, lleno de confianza en sí mismo sus propios progresos morales y materiales?

Puede asegurarse que no existe una sociedad humana que no sienta embarazada su

marcha por grandes incertidumbres y á cuyo paso no surjan de contínuo problemas más ó menos complejos. Los caminos del progreso jamás se han presentado ámplios y abiertos al esfuerzo colectivo, iluminados por aquella luz radiosa del día que acentùa la forma y el color de los objetos más lejanos; antes al contrario, se presentan siempre tortuosos y oscuros y es menester avanzar por ellos al fulgor indeciso de un crepúsculo que, en las naciones más adelantadas, no ha llegado todavía á ser aurora.

La vida es transformación y movimiento incesantes. No hay en la historia una evolución definitiva, no hay verdaderos períodos de transición, porque todo es una indefinida transición entre el ayer, claro y determinado pero ya marchito, y el mañana, que es una vaga aspiración á lo mejor, pero que es siempre lo imprevisto, lo arcano.

¿Donde está el pueblo que, dando por resueltos todos sus problemas, tras una ascensión penosa, puede asegurar que ha tocado las cimas resplandecientes del ideal y descansa ¡por fin! como un ejército victorioso sobre las alturas para siempre conquistadas? No es posible encontrarlo, porque si hay alguno que llega, que toca como el de Moisés, la tierra prometida, se desvanece y muere al tocarla, víctima de la decadencia irreparable cuyos gérmenes lleva dentro de sí mismo. Cada porción de materia organizada, cada ser animado, cada hombre, cada pueblo, lleva en su propio seno la razón de su vida, de su desarrollo y de su disolución en el tiempo. Es una ley física y una ley histórica.

Así, no es posible detenerse y, cuando hay una misión terminada no tarda en sobrevenir la muerte, para que sobre sus despojos vuelva á surjir la Vida, siempre triunfadora, y cuyas campanas eternas convocan sin cesar á todos los seres al movimiento, á la acción y al renovar de la esperanza. Sobre las civilizaciones caducas, se levantan las civilizaciones nuevas, de modo que el polvo vuelve á animarse y á vivir. Ved como se amontonan ciudad sobre ciudad y templo sobre templo. Sobre la Roma de los Césares, la de los Papas; sobre ésta la del Quirinal y aún sobre ésta amenaza levantarse, empujada por un formidable verbo de destrucción, la Roma roja de la anarquía y del socialismo.

Cuando creáis haber resuelto un problema, diez nuevos problemas os saldrán al paso. ¿Debe deducirse de aquí que el desaliento que nos invade, que la indiferencia que nos mata, que el nirvana que se va dibujando como un ideal supremo entre nosotros, estén justificados por la experiencia y por la historia? ¡Nada más contrario á la verdad! El progreso, es decir, la marcha hacia adelante, resulta de la lucha, del esfuerzo individual y colectivo, nó del abandono y la desidia. Hágase excepción de las civilizaciones petrificadas del Oriente, que ya empiezan, sin embargo, á sentir el poderoso aguijón de las ideas occidentales, y se verá que no hay casi una sociedad política que, aún en medio de sus dolores y trastornos, no avance siempre, en una marcha ascendente, mejorando sus destinos día á día, merced á los esfuerzos del trabajo y la inteligencia.

¿Qué importa que las perspectivas del progreso humano como las de las ciencias positivas, sean infinitas? El trabajo es ya una parte de la dicha; y hasta es una suerte que una gran conquista política ó que un descubrimiento trascendental no puedan casi nunca ser la obra de un hombre y aún de una generación; de modo que siempre va quedando alguna labor á las generaciones subsiguientes, ávidas de tarea y de combate, sin los cuales no hay con qué llenar el vacío de la existencia.

Pero hay pueblos que perecen antes de ser, como esos niños marcados con la ignominia de vicios precoces que conocen las tristezas de la decrepitud apenas llegados á los dinteles de la pubertad. ¿Pertenecemos acaso al número de estos últimos? No lo sabemos, pero, lo cierto es que nuestra marcha es algo lenta, muy insegura, demasiado al acaso; y que es tiempo ya de que investiguemos sériamente dentró de nosotros mismos, qué fuerzas, qué elementos de reconstrucción podemos oponer al cumplimiento, en nuestro perjuicio, de esa ley inexorable de la selección natural, en cuya virtud toda existencia débil y enfermiza está condenada á extinguirse, pisoteada por las organizaciones superiores, que se expanden en todos sentidos buscando su puesto natural en el banquete de la vida. ¿Está todo desequilibrado en nuestro organismo? está todo gastado en nuestro carácter? están agotados todos los medios que la ciencia podría suministrarnos para sustraer al pais á los males, tan conocidos, pero tan mal combatidos hasta ahora, que le atormentan?

Para contestar de un modo satisfactorio á

estas preguntas es necesario hacer prèviamente un estudio comparado de las cualidades positivas y negativas de la unidad social: el hombre, así como de las multitudes, que tienen también su psicología bastante difícil y compleja. Solo después de haber ensayado con mediano éxito esta empresa podremos verificar, acaso por un simple procedimiento aritmético, lo que nos resta de aliento y de vigor para emprender la lucha.

Sin embargo, y antes de pasar adelante, bien podemos decir que, cuando se piensa que los progresos alcanzados son la obra de solo setenta años de vida independiente, amargada por los trastornos políticos y los resabios de la herencia,—de que es tan difícil emanciparse,—parece que se ensanchan los horizontes y adquiere alas el espíritu para las grandes tareas que nos aguardan.

## II

Hablar de los problemas que afectan al país es plantear una serie de cuestiones muy vastas y difíciles! Todo, en efecto, son problemas. El político, el economista, el sociólogo, apenas pasean una mirada por la historia y por la fisonomía moral é intelectual de la nación, ven surjir por todas partes millares de preguntas, que asedian y entristecen el ánimo sin hallar de inmediato una respuesta satisfactoria.

¿Porqué, en efecto, siendo nuestro nivel intelectual el mismo más ó menos que el de las naciones más adelantadas del viejo mun-

do, estamos tan lejos aún de alcanzar aquel grado de capacidad política y social que, conciliando el acatamiento á las cosas establecidas con el espíritu de iniciativa y de reforma, hace que todas las voluntades puedan encontrarse alguna vez en el mismo plano, en la aspiración suprema de hacer á la patria común grande y gloriosa? ¿Por qué, oscilando casi siempre entre los excesos de la demagogia y los abusos de la tiranía, no hemos alcanzado aún el beneficio incalculable de la paz material, ya que nó aquel dichoso equilibrio de las opiniones, dentro del cual pueden plantearse y resolverse, en un ambiente tranquilo, todas las cuestiones relacionadas con el progreso moderno? ¿Por qué, coincidiendo todos en el conocimiento de nuestros defectos no logramos ponernos de acuerdo respecto de los medios más acertados para levantar al país de su enervante inacción? Generalizadores incorregibles, soñadores perdidos de ideales muy altos y muy puros ¿porqué no hemos aprendido en la dolorosa experiencia de otros pueblos á partir de los hechos para llegar á la teoría y vivimos perdiendo todos los días las colonias para salvar los principios, que al fin concluyen siempre por perderse también? ¿Porqué pensando y hablando tanto, hacemos tan poco?—¿Por qué en una extensión de territorio que iguala casi á la de Italia tenemos apenas una población que cabría entera, cómodamente, en un barrio populoso de cualquier gran capital europea; y, dentro de esa población exígua en que, según la socorrida frase de Enrique IV no debía carecer nin-

guna familia de su gallina para el cocido, tenemos ya la gangrena del pauperismo, la emigración continua del elemento nacional y la mayor parte de los problemas que atormentan á las viejas sociedades?

Las interrogaciones ansiosas y dificiles seguirian surgiendo con la facilidad con que brotaban las coplas de la lira gaucha de Ascasubi, si no nos detuviéramos para ponerlas en órden mas ó menos científico y concretar en un trabajo, necesariamente breve y compendiado (dados los estrechos límites que nos hemos impuesto), el exámen de los hechos, de las causas, y de las soluciones que fluirán del estudio desapasionado de unos y otras, á la luz de nuestros modestos conocimientos sociológicos.

Pero, ante todo, sentemos un hecho general por todos reconocido: somos una sociedad enferma, una sociedad fuera de quicio, y que no entrará en él sinó mediante el esfuerzo perseverante de generaciones ilustradas, conscientes de su misión y capaces de cumplirla con energía indomable. Hay pues, que hacer un diagnóstico; hay que desentrañar el mal y mostrarlo á la luz sin cobardías; y, para ésto, es necesario elevarse sobre las miserias del presente y aún sobre las pasiones de partido, tan poderosas entre nosotros. ¡Cosa en verdad bastante ingrata y peligrosa si se tiene en cuenta que todos actuamos más ó menos en las filas de los partidos tradicionales y que no se desafía impunemente la estrechez del criterio partidista, especialmente si se trata de un hermano de causa!

Ya es tiempo de salir del convencionalismo y la mentira en que vivimos, só pretexto de que es necesario halagar á las masas ó al poder para llegar tarde ó temprano á ejercer una acción eficiente en la cosa pública. Algún día y de alguna parte ha de salir la verdad, y ella surgirá, sin duda, si examinamos los hechos, nó al modo de los políticos, en cuyos gárrulos programas nadie crée, sinó con ojos de sociólogos y, sobre todo, de hombre sinceros, capaces de arrostrar con altivez las pasiones y los intereses que hay que herir, contando á todo evento con la aprobación, siquiera muda, de los que piensan y sienten honradamente.

Pero para hallar y proclamar esa verdad empecemos, según se ha dicho, por desceñirnos, aunque momentáneamente, la divisa partidaria cuya sombra produce muchos estrabismos é impide la visión clara de las cosas. Alguien ha dicho que la pasión ha inspirado también páginas históricas de suprema belleza. Es cierto; pero narrar el pasado no es lo mismo que buscar los caminos del porvenir. Y á ésto aspiramos nosotros con este libro todo sinceridad, escrito sin tener en mira éxitos literarios ni políticos sino el deseo de contribuir, en una esfera modestísima, á la obra de nuestra regeneración, la misma que, de puro tardia, podría llegar á convertirse en chiste, como dice un escritor castellano, de la regeneración de España.

## CAPÍTULO II

# Incapacidad social

### I

La pereza del elemento nacional entre nosotros ha pasado ya á la categoría de las cosas clásicas. Nadie trabaja ó, cuando menos, todo el mundo aspira á vivir sin trabajar. Es el ideal supremo, el secreto de todo nuestro mecanismo social. En los campos y en los centros de población, en donde quiera que viven nuestros compatriotas se os presentará el mismo espectáculo.

Màs que un país, semejamos una gran tribu acampada á la orilla de dos ó tres rios caudalosos, en la que cada uno toma su bien donde lo encuentra y como lo encuentra, sin afanes, sin lucha, sin previsión de ninguna clase; trabajando cuando es inevitable, lo estrictamente necesario para no morirse de hambre y esperando siempre del azar, de lo imprevisto, algo que venga, no á elevar su nivel social sino á hacer màs descansada, más libre de cuidados su existencia.

Ved, por ejemplo, nuestra campaña cuyas vastas extensiones desiertas y vírgenes, en su mayor parte, de la reja del arado esperan el esfuerzo inteligente del hombre para transformarse en una fuente inagotable de riquezas. Allí vive una masa considerable de gentes flotantes que han resuelto el gran problema de vivir sin trabajar ó que se entre-

gan, cuando más, á ràpidas crisis de labor, esperando durante un año las esquilas en cuya ruda pero breve faena, que dura alrededor de un mes, obtienen algunos recursos con qué pagar la cuenta del año en la *pulperia* próxima, si antes no los han dejado con caballo y todo, en las partidas de taba y de «primera». No trabajan, pero así viven! sin comodidades, sin abundancia en la alimentación, pues hasta la carne suele faltarles. Su casa es el eterno rancho de totora, sin un árbol que le preste sombra, abierto con frecuencia, por la desidia del dueño, á la acción de los elementos; sin piso y desprovisto casi siempre de los ùtiles más indispensables. Empujad la puerta y os encontrareis con un hombre jóven, de aspecto viril, de fisonomia inteligente y constituido como para ser un héroe del trabajo. Y allí, en compañía de una familia casi siempre numerosa, ve pasar sus días en el ócio, tristes y monótonos como el ritmo de una vidalita, sin ocurrírsele nunca que podría hallar horizontes más ámplios à su actividad. Vive en la estrechez, sin comodidades, pero también sin preocupaciones. Levántase muy temprano y pasa las horas muertas tomando mate amargo. Tras el mate viene el churrasco, —si le hay,—y, enseguida, ensilla su caballo, que le espera atado en la enramada— única comodidad exterior que suelen tener las viviendas campesinas—y se pone en marcha buscando su raleado rebaño, ó bien en dirección á la «pulpería» á «asentar» el mate y à «echar un párrafo» ó una partida de naipes con los vecinos. Tras de ésto el al-

muerzo y acto contínuo la siesta suculenta, mientras el sol caldea los campos desiertos, donde todo convida á la inacción y al reposo. Con otro viaje al almacen suele completarse el dia y, en cuanto empieza à atardecer, emprende al *trotecito* el retorno de su casa, soñando, al ver descender las sombras sobre el silencio augusto de la campiña con las imágenes temerosas de las consejas campestres, pobladas de muertos y aparecidos que se agarran de las riendas para detener el paso del caballo...

Y obsérvese que este hombre, este desheredado suele ser un descendiente de familias ricas y poderosas que han venido á menos de un modo insensible pero seguro. Los hijos, lejos de lanzarse á buscar, por las vías del trabajo, el medio de formar su patrimonio propio ó de acrecer el patrimonio común, han seguido viviendo todos bajo el mismo techo; han formado allí á su vez, nuevos hogares, ó se han separado llevàndose cada uno su girón de tierra, sus majadas y sus tropas. Y así han seguido subdividiendo tierras y bienes de más en màs, hasta que se han dado de manos á boca con la miseria.

Claro está que ésto no es toda nuestra campaña donde se trabaja también, aunque flojamente, y se prospera; pero no nos referimos tampoco à una clase poco numerosa: de ella salen la mayor parte de los miles de hombres que van á engrosar las filas de los combatientes en nuestras guerras intestinas.

Por lo demás, es conocido el escaso *confort* con que, debido á la indolencia general se vive en la campaña, siendo muy co-

mún en los que viajan el pasar privaciones no obstante llevar bien provista su faltriquera. Fuera de la capital y de los grandes centros de población, es menester renunciar, por lo pronto, á las frutas y hortalizas, hasta el punto de que la carne constituye en los mismos hoteles toda la vianda de la mañana, de la tarde y de la noche.

Hoy se ha iniciado una reacción que alcanza á las estancias más lejanas, en las que empiezan á dedicar un pequeño espacio de terreno á la siembra de verduras para el consumo de cada establecimiento; y la agricultura ha recibido, además, algún impulso, gracias, en gran parte, á los extranjeros, que son los que trabajan y enriquecen. Pero entre el elemento nacional hay un desdèn instintivo hácia el trabajo agrícola, considerado poco noble, tal vez porque obliga á inclinarse demasiado sobre la tierra. Y no solo se manifiesta aquel reacio á las artes del cultivo, en que ennoblecían sus almas y fortalecían sus cuerpos los Romanos de la República, sinó que persigue con sus sarcasmos, chistosos casi siempre, como hijos de su natural ingenio, á los hombres de empresa que, sobreponiéndose á los enervamientos del ambiente, se atreven á desafiar todos los augurios pesimistas.

Corre parejas con la holgazanería el fatalismo casi musulman de nuestros campesinos, fruto natural de la ignorancia y de su espíritu rutinario y tradicionalista, cuyo resultado es la imprevisión y el abandono que se nota en todo, hasta en la destrucción inconsulta, y al azar de las necesidades del

momento, de nuestros grandes montes naturales, con lo que se plantea para el porvenir una cuestión bastante importante del punto de vista de nuestros progresos agrícolas.

## II

Las causas de esta imprevisión y haraganería ingénitas son conocidas. El hombre, del punto de vista físico, psíquico y moral no es más que un producto del medio, de la educación y de la herencia.—El medio es poderosamente enervante.—La belleza del cielo, la dulzura incomparable del clima y la riqueza natural de una tierra singularmente fecunda, predisponen á la holganza y á la contemplación más que á las rudas actividades de la industria. Por otra parte, viven aún en la memoria de la población campesina, los recuerdos de una época de facilidad y abundancia, en que las tareas ganaderas daban ocupación á todos los brazos que el alambramiento de los campos ha dejado inactivos; época por la cual suspiran aùn los criollos viejos, en que el sostenimiento de la vida requería escasísimos esfuerzos, en que el sabroso churrasco se doraba sobre el fuego eternamente alimentado, como el de Vesta, y en que el caminante, quien quiera que fuese, era recibido en todas partes con los brazos abiertos y á mesa tendida. Toda una edad de oro! Hoy los tiempos y las condiciones económicas han cambiado, pero, como siempre, perduran los hábitos adquiridos en una vida muelle y regalona.

Después está la herencia, esa herencia por otros conceptos gloriosa de una raza que nos ha legado con su lengua bella y sonora, con sus aptitudes artísticas y su alta concepción de la vida, los hábitos de molicie que, hasta en la madre patria dificultan todavía el progreso de un noble pueblo digno, por cierto, de mejores destinos y cuyos problemas son, por otra parte, muy semejantes á los nuestros. Y es una herencia que viene de muy lejos, de épocas remotas y de razas en que la larga práctica del absolutismo ha venido ahogando todos los impulsos individualistas, triunfantes en algunas otras naciones occidentales merced á un conjunto de felices circunstancias.

La educación que, bien dirigida, podria haber contribuido á rectificar los datos de esta herencia, ha sido hasta hoy casi ineficaz, por la escasa difusión de la instrucción primaria y las falsas enseñanzas del hogar, donde se educa á los niños en el desprecio por las artes manuales, iniciándolos, en cambio, apenas balbucean las primeras palabras, en los funestos odios de partido.

## III

Cuanto hemos dicho refiriéndonos á la campaña debe hacerse extensivo á casi todos los pueblos del interior, pueblos tristes y desolados que languidecen en el abandono; pueblos sin animación, sin iniciativas, cuya juventud, en vez de arraigarse à la localidad por el trabajo emigra en masa en un éxodo interminable, atraida por los milagrosos mirajes de la capi-

tal, donde sueñan con los rios de leche y miel de la Escritura, condensados en un empleo pùblico ó en la fácil posición burocràtica que resuelvan sin mayores afanes el problema de la vida. Amenudo los espera el desengaño, pero ellos continúan impávidos engrosando el nùmero de los aspirantes sin fortuna. Y ¿qué decir de la capital, donde el desdén por el trabajo material es idéntico y donde el afán de elevarse sin contar ante todo consigo mismo marchita tantas juventudes y siembra tantas amarguras en el seno de las familias?

Una consecuencia lógica de la falta de verdaderos hábitos de trabajo es nuestra falta de iniciativa. Es natural. Donde nadie confía en sí propio, donde todos esperan del esfuerzo ageno el empuje decisivo para su elevación, tiene que ser nulo ó poco menos ese espíritu emprendedor que sabe abrir horizontes á su paso y sin el cual se sucumbe casi infaliblemente en la lucha por la existencia.

Por una de esas contradicciones que señala con frecuencia la psicología, la instabilidad de la familia y la costumbre de hacerlo todo con caracter de provisorio, de adventicio, se hermana entre nosotros perfectamente con un apego irresistible á la rutina, á los caminos trillados, hecho bien visible en el atraso de los procedimientos agrícolas, y en la lentitud de la evolución ganadera.

Pero nunca se evidencia mejor esta verdad que, cuando en el seno de cada familia se resuelve el grave asunto del porvenir de los hijos. Siempre los mismos caminos. Se empieza por hacer á un lado los oficios manua-

les *por poco honrosos* y, si hay medios para ello, y á veces, aún cuando no los haya, á la Universidad; á engrosar el torrente que invade año tras año las aulas, en busca del título salvador que abrirá oportunamente al novato, según la frase consagrada, *todas las puertas*. Las facultades del candidato son lo de menos: lo esencial es conquistar, á cualquier precio, el diploma que si no dá después para vivir facilitará un buen matrimonio; y, en último caso queda la política, hecha como de encargo para recoger en su fecundo seno á todos los náufragos de las profesiones liberales. ¡Cuántos hombres que brillarían por sus condiciones de actividad é inteligencia en la industria y el comercio se inutilizan así persistiendo en un camino equivocado en que el fracaso los espera, á veces, antes de llegar, ó en que al final de tanto esfuerzo no encuentran más que decepciones ó el remordimiento de una vida mal empleada!

## IV

Si los medios de que dispone la familia son escasos, difícil es que no la deslumbre el prestigio de los galones, las facilidades de la carrera militar para la cual tenemos todos en el pais propensiones innatas. Y si por este camino aún aparece el éxito demasiado lejano, porque la familia en cuestión es muy pobre, todavía protesta el padre: «no quiere que su hijo trabaje como él, que se forme como él en una tarea penosa; su hijo ha de vivir como todo un señor, en una esfera más elevada que

los que le dieron el ser.» Además el jóven sabe leer y escribir, aunque no muy bien, y, en su tiempo hasta perteneció al número de los *chicos fabulistas.* Y aunque no fuera así ¿qué tienen que ver en el asunto los méritos propios cuando lo que se busca es el poder de los agenos? Lo esencial es encontrar un punto de apoyo, el padrino, la *cuña* poderosa que lo haga entrar, de cualquier modo, en la Administración; en cualquier puesto, donde el porvenir venga solo, en la persona de un empleo bien rentado y, sobre todo, tranquilo. Se recuerdan las relaciones olvidadas, y, de pronto, parece surgir una probable solución: por intermedio de un conocido se obtiene una tarjeta para el amigo de algún ministro ó cosa así: y empieza entonces para el jóven postulante esa sucesión de idas y venidas, de esperanzas, de desengaños, de ansiedades y hasta de humillaciones que termina las más de las veces con un fracaso. Porque resulta que la que él creía una idea original, completamente suya, habia precipitado en el mismo instante á centenares de zánganos en un camino idéntico; y la *cuña,* como todo el que tiene algunas relaciones ú ocupa una posición oficial es una pobre víctima atisbada, perseguida con encono feroz por la turbamulta de los aspirantes.

Pero un fracaso suele no desanimar á nuestro hombre, y ha de contar con muchas tentativas frustradas para abandonar su patriótica empresa. De tal suerte, ocurre con frecuencia que conserve durante muchos años, como un culto, su meritoria condición de pretendiente. Hemos conocido á hombres que viven espe-

rando desde hace veinte ó treinta años, que se han casado y tenido hijos los cuales, á su vez, se dedican al mismo oficio de los padres, soñando con el suspirado empleo, con el espejismo que nunca llega á ser realidad.

Sin embargo, siempre hay algunos afortunados que logran ver realizadas sus aspiraciones; pero ¿son por eso más felices? Hay *meritorios* ó auxiliares de última clase que han pasado lo mejor de su vida sin obtener el soñado ascenso y ven llegar la edad madura con el dolor ya irreparable de haber equivocado el camino. Y no lo pasan mejor los que, generalmente por favor y nó por sus méritos, llegan á los puestos superiores. La vida del empleado es siempre una vida sin grandes horizontes, en que las mejores energías de la juventud se malgastan, se marchitan en tareas inferiores, tristes y mecánicas, que no ofrecen otra ventaja que la mesada regular que llega con más ó menos exactitud pero que es siempre insuficiente para satisfacer las necesidades más premiosas.

Hemos insistido de propósito en este tópico ingrato porque, si bien el funcionarismo constituye un mal común á todos los pueblos de orígen latino, asume en el nuestro mayores proporciones y, en todo caso, forma en el número de las causas eficientes de su atraso social y, por ende, de su impotencia económica y política.

## V

Un rasgo característico del caracter nacional es también la falta de independencia personal, consecuencia directa de la escasa confianza en sí propio y de la habitud de esperarlo todo de lo imprevisto, de lo anormal, de la lotería, por ejemplo, cuyo *sésamo* abre de un golpe los alcázares de la fortuna. Y surge aquí una de esas contradicciones en que halla la psicología material interesante de observación y de estudio.—Guardamos intacto todo el caudal de generosas é imprudentes rebeldías de la raza. Vivímos tascando el freno del deber y, sin embargo, amamos por otro lado la subordinación, gustamos del aplauso de un superior que vea y se imponga de nuestros actos, buscando siempre una recompensa que está fuera de nosotros mismos. Nos consideramos dichosos con sustraernos al cumplimiento de una ley y llevamos, por otra parte, la sumisión hasta el punto de que el vuelco de una situación política determina un cambio radical en el número y en la expresión de los saludos que recibimos de amigos y conocidos en la calle!

Es que los hechos se confunden, pero las causas son distintas:—El espíritu de rebelión, heredado de los héroes del 2 de Mayo es innato en nosotros; es un carácter étnico que suele despertarse con sacudidas de león en el fondo de nuestras almas; y la obediencia excesiva y hasta la falta de dignidad personal son impuestas muchas veces por la realidad abruma-

dora de las cosas, tirana aborrecible entre nosotros y servidora inteligente en los pueblos que han hecho del esfuerzo propio, del *self-helpps* una norma segura de conducta.

## VI

En esta enojosa exposición de deficiencias morales, toca su turno ahora á nuestra falta de perseverancia. Fáciles, á veces, en concebir empresas no somos menos fáciles en abandonarlas, con frecuencia antes de haber acometido su ejecución; y cuando las llevamos á la práctica, basta el primer obstáculo imprevisto para desconcertarnos.

En nuestra impaciencia concebimos el éxito saliendo de las cosas como la diosa helénica de la cabeza de Júpiter. Esperamos la fortuna de un golpe, y á un golpe de dados lo exponemos todo, careciendo, en cambio, de la noción del trabajo paciente, que va apoderándose de los detalles uno á uno y venciendo una á una todas las resistencias.

Nada tan instructivo á este respecto como la historia de nuestros fracasos en la agricultura y la industria. Todos son idénticos. Se empieza en grande y se concluye por consunción, por falta de capital, por desórden administrativo ó simplemente por desaliento! Y no nos exponemos á fracasar nuevamente: generalizamos en seguida, abominando del país y vamos á aumentar el número incalculable de los vencidos, de los creyentes en esta religion del pesimismo, que es una de nuestras mayores rémoras. ¡Cuán otro es el caracter

de los yankees! Entre ellos la historia de las grandes fortunas privadas, rayanas en lo maravilloso, está llena de tentativas fracasadas y de ejemplos luminosos de esos triunfos nunca vistos obtenidos por la tenacidad y la sola fuerza de una voluntad inquebrantable.

En el debe moral pueden consignarse todavía: nuestra falsa concepción del deber que nos precipita amenudo por caminos extraviados y nos aleja de esa circunspección de procederes que es la mitad del éxito en la vida, y nuestra superficialidad, bien visible en la escasez de hombres verdaderamente preparados en todos los órdenes de la ciencia, de la política y del arte, donde si se exceptúan algunos triunfos de la ciencia médica, del derecho y de la literatura, nada hemos producido de grande y de nuevo digno de ocupar un puesto prominente en el mundo de las ideas y del trabajo.

## CAPÍTULO III

## Incapacidad Económica

### I

Dada nuestra escasa fuerza de producción, por la falta de hábitos de trabajo, asombra la vitalidad económica de este país que ha crecido siempre, (aunque muy lentamente), aún en medio de desastrosas guerras y contiendas políticas; que se repone sin grandes dificultades de tantos descalabros y que soporta, en fin un presupuesto de gastos desproporcionado,

engullido, en su mayor parte, por el mónstruo insaciable de las deudas internas y externas (más del 50 o[o) y por las innumerables clases parasitarias (el 20 o[o de lo restante). No hay más explicación lógica de este fenómeno que la extraordinaria riqueza del suelo y su adaptación especial á la cria de ganado, industria que tiene sus exigencias penosas, pero que no impone una vida de constante labor, ofreciendo, en cambio, expléndidos resultados materiales. Pero esta misma fecundidad del suelo que parece enriquecernos por un lado, empobrece por otro nuestro carácter, tendiendo á debilitar aún más la fibra de la raza; y, de todas maneras, nos hace pensar con tristeza en cual sería la suerte de este país si, en vez de hallarse en manos de gentes muelles y perezosas, estuviera entregado á la explotación inteligente de esa raza emprendedora y enérgica que ha hecho en un siglo de Estados Unidos de Norte América una de las naciones más ricas y poderosas del mundo.

Por otra parte, el término vitalidad económica debe ser interpretado no solo excluyendo el sentido de una gran potencia de trabajo sino el de toda idea de bienestar común. Soportamos sin duda, grandes cargas porque la riqueza pública alzanza cifras relativamente elevadas; pero esta riqueza, acaparada por unas cuantas docenas de hacendados y de mómias capitalistas, no contribuye mayormente á la dicha ó á la vida desahogada del mayor número.

Así, con una población, que no alcanza al millón de habitantes, diseminados en una vas-

ta extensión territorial dentro de cuyos límites la miseria debería ser absolutamente desconocida, vivimos una existencia estrecha y mezquina y el hallar un *modus vivendi* cualquiera, hecha excepción de los empleos públicos es una suerte, un suceso providencial que no está al alcance de todos.

Y es lógico que así suceda. Donde el trabajo es débil y donde no se conocen hábitos de orden y de economía, podrá ser el suelo muy fecundo, pero el pueblo no pasará de ser casi miserable. De esta suerte la indigencia más ó menos dorada es casi el nivel común de nuestra sociedad, como puede comprobarse á primera vista, considerando el enorme desarrollo de la beneficencia pública y privada (lo único bien organizado que hay en el país); hecho que tanto nos realza del punto de vista de los sentimientos humanitarios, pero que tanto nos deprime considerado como un síntoma evidente de degeneración del carácter. Y no entremos, por no profundizar demasiado, en el fondo de ciertas angustias, más generales de lo que se cree; en todo ese mundo de la miseria llamada vergonzante, mar sin orillas á donde van llegando sin cesar infinitas familias, como náufragos abandonados al bazar por una sociedad económicamente mal constituida!

A la falta casi general de aptitudes para el trabajo únese como una consecuencia lógica la imprevisión asombrosa, que hace de la prodigalidad una norma constante de vida y que tiene su natural proyección hacia la cosa pública, donde el despilfarro era hasta hace po-

co—con raras excepciones—un atributo natural de los gobiernos.

El ahorrro entre el elemento nacional es la excepción. Cada uno vive fuera de la órbita de sus recursos, descontando siempre el porvenir, gastando más de lo que gana y satisfecho, en lo que respecta á su mejoramiento propio, con tener las apariencias, nó la realidad del bienestar. El vivir fuera de la esfera propia, la necesidad de *aparecer* como se dice en el *argot* social ¡á cuántos rebajamientos del carácter no conduce y á cuantas miserias y dolores no arrastra, con sus tiránicas exigencias!

Los que mejor lo hacen, viven al día, despreocupados de todo pensamiento de futuro. Y estos hábitos de imprevisión se observan especialmente en las clases medias, que son en todas partes las que dan la característica del medio social, y explican, por otra parte, el terrible desarrollo que ha llegado á tener la usura entre nosotros.

## II

En cambio, las clases ricas suelen pecar del exceso contrario, llegando á la avaricia que excluye hasta el desarrollo del lujo en escala suficiente para que pueda vivir y prosperar á su sombra, como en otras partes, gran cantidad de población laboriosa. ¿Cuántos son entre nuestros hombres adinerados los que se dan vida de grandes señores? Extranjeros, en su mayor parte, llegados al país sin más capital que sus esperanzas y su laboriosidad, suelen seguir los hábitos estrechos que los han conducido á la riqueza; y, habiendo hallado

aquí una verdadera tierra de promisión viven maldiciendo del país y oponiendo su sordidez implacable á todas las iniciativas progresistas. Todo ésto, como es natural, sin ceder de sus pujos de aristócratas, tan ridículos en una democracia como la nuestra, en que todo es de ayer y en que es tan fácil encontrar el modesto abolengo de cada uno. El dinero es siempre receloso; pero entre nosotros, acostumbrado á las ganancias fáciles del agio y á la renta escasa pero segura de los inmuebles y de los fondos públicos, rehusa sistemáticamente asociarse á empresas en que se va corriendo algun albur por pequeño que sea. El ahorro se va acumulando así, inactivo, en los establecimientos de crédito, de donde no hay medio de sacarlo á luz, pues si se cometiera el error de recargarlo con impuestos, como ya se ha pensado, no haría más que emigrar en masa al extranjero. ¿Cuántos millones figuran en los depósitos de los bancos, alguno de los cuales ya ha dejado de pagar interés por los capitales en cuenta corriente?

Una faz de este fenómeno, que llama á primera vista la atención: durante los nueve meses que duró la última guerra civil, no se interrumpió un momento la edificación en la capital de la República. Entre tanto, se ha visto caducar una concesión de tranvía eléctrico cuyo propietario vióse obligado á perder su garantía de 10,000 pesos, por no hallar el capital necesario para la explotación de una línea de verdadero porvenir.

La guerra fué tal vez el pretexto. ¡Pero señor! La guerra es un mal transitorio que apenas si suspende en otras partes las corrientes del

progreso, dándose hasta el caso de grandes naciones europeas llegadas al apogeo de su explendor en medio de luchas encarnizadas, como Inglaterra durante su largo y épico duelo con Bonaparte. Eran otras circunstancias, pero, sin pretender ni remotamente que suceda aquí lo propio, es necesario reducir á sus justos límites la importancia de las conmociones políticas con respecto á la fortuna particular. Preguntad á nuestros capitalistas cómo han realizado sus grandes fortunas á través de las interminables calamidades que nos han perseguido. Pues, con los beneficios del comercio y con las pingües utilidades de la industria ganadera cuyos capitales, como los panes de Caná, se multiplican solos. De suerte que los estragos de la guerra y las espectativas políticas no representan más que unos pocos asientos de Ganancias y Pérdidas en el libro Diario!

## III

A estas causas de desequilibrio económico; á la mala dirección que ha tenido casi siempre la hacienda pública, caracterizada hasta hace poco por el desórden y los gastos abusivos; al poco y verdadero *confort* de la vida que limita á su minímum el consumo; á la falta de aspiraciones elevadas en los elementos laboriosos; al encarecimiento progresivo de los artículos de primera necesidad, por efecto de la mala distribución de las cargas y de una protección excesiva á la industria fabril, hay que agregar todavia una causa algo difícil de remover y á la cual no han consagrado nuestros

estadistas toda la atención que se merece. Nos referimos á la poca densidad de nuestra población, á la falta abrumadora de brazos para la explotación de las riquezas naturales.

«Gobernar es poblar» ha dicho Alberdi. Pero la patria de este ilustre publicista dispone de vastas tierras que ofrecer al inmigrante. ¿Qué podemos ofrecerle nosotros, en cambio? Un país trastornado periódicamente por la guerra, lleno de pobres y de gentes sin trabajo ni esperanzas!

Pero es éste un asunto al cual habría que consagrar todo un libro; tal es su importancia, tales las dificultades que ofrece y tal la experiencia luminosa de otros países, que se han visto obligados, — como Estados Unidos — á oponer un dique al torrente inmigratorio, cuyos excesos morales y materiales se palpan actualmente en la mayor disolución de las costumbres, en la baja enorme de los salarios y en otros inconvenientes que deben ser tenidos muy en cuenta al abordar la solución de cuestión tan importante.

## CAPÍTULO IV

## Incapacidad política

### I

Hasta cierto punto tienen razón los anglosajones cuando, adjudicándose el papel de novísimos y poderosos mentores de la humanidad, hablan con manifiesto desdén de la incapacidad política de los pueblos de raza latina. Es un hecho que, en Europa mis-

ma, puede comprobarse día á día y al cual contribuyen muchas causas morales, étnicas y hasta geográficas, toda vez que los pueblos latinos ocupan las regiones meridionales del viejo mundo, bajo cuyos ardientes soles—desde la caída del Imperio Romano—vienen estableciéndose y enervándose, por turno, los pueblos dominadores de orígen escandinavo.

Y si de las grandes naciones occidentales pasamos á las de Sud-América nos encontramos con el mismo fenómeno, pues no han demostrado hasta ahora, en general, mayores aptitudes para la política y en especial para la vida democrática. Se creyó que, tratándose de pueblos sin ayer, que recibían la libertad como un gracioso anticipo del destino, las instituciones republicanas prosperarían en ellos como una semilla arrojada en tierra vírgen y fecunda. Pero las almas de estos pueblos eran jóvenes al modo de Fausto, contaminadas como estaban por todos los vicios de la herencia, agravados por la ignorancia de sus multitudes campesinas, diseminadas en amplios territorios donde pudo germinar á sus anchas el espíritu de rebelión contra toda ley y todo freno, y donde las revoluciones encuentran todavía cómo reclutar ejércitos después de un siglo entero de luchas tan estériles como sangrientas.

Así, sobre las rebeldías y los autoritarismos, sobre los caracteres étnicos heredados, nuevas cualidades nacidas de la especialidad del medio han venido á afirmar el concepto de nuestra iucapacidad política, evidente en el hecho de no haber encontrado

aún ese equilibrio estable dentro del cual quedan excluidos los polos opuestos del despotismo y la anarquía.

II

Por lo que especialmente nos concierne, aparte de estas causas generales, dicha incapacidad política puede considerarse imputable:

1.o Al desacuerdo entre las leyes y las costumbres. Hemos perdido varias décadas en infructuosos ensayos de adaptación, viviendo entre tanto de convencionalismos, lógicamente necesarios para poner de acuerdo leyes bastante avanzadas con prácticas políticas que se coufundían á menudo con la barbarie. De ahí, en parte, que nuestros pasos hasta hoy hayan sido vacilantes y como al azar, encontrándonos con que, del punto de vista político estamos todavía, tras setenta años de vida independiente, casi en el punto de partida.

En la actualidad se cifran grandes esperanzas en una reforma de las leyes fundamentales á que aspiran de consuno los partidos populares y los hombres de estado, hasta el punto de haberse establecido como una condición importante entre las cláusulas de la última paz concertada entre el gobierno y la revolución en armas.—¿Qué puede esperarse de esta reforma?—Nuestra Constitución, que está lejos, sin duda, de ser una obra maestra de la ciencia política, no puede ser considerada tampoco deficiente hasta el punto de constituir un serio obstáculo para el

progreso del país. Sus imperfecciones no son en realidad fundamentales. ¿No inmuniza al individuo frente á los avances del poder y no confiere á éste, dentro de su funcionamiento regular, facultades suficientes (tal vez excesivas) para garantir el orden y los derechos de todos? ¿No consagra ámpliamente el principio de la soberanía del pueblo?

No; si ella no ha podido ser un instrumento de paz y de dicha en nuestras mános, es porque estas manos han sido inhábiles para aplicarla. ¿Quién hasta ahora ha ensayado practicarla con sinceridad? ¿No la han bastardeado todos, gobiernos y partidos cuando así ha convenido á sus intereses y pasiones? Y la imputamos la mayor parte de nuestros desaciertos, antes de haberla practicado en toda su verdad, antes de haber aprendido á obedecerla, á respetarla y á hacerla respetar en cada uno de nosotros!

No nos engañemos, pues, esperando nuestra salvación de una reforma que podrá ser útil, y hasta oportuna—lo cual es más discutible—pero que no importará nunca la gran solución de nuestros problemas.

El mal está en los hombres antes que en las leyes y para escapar á su influencia sería necesario elevar nuestro nivel moral á la altura siquiera de las leyes existentes, reaccionando contra vicios y costumbres á que no podrá rebajarse una nueva constitución si ha de amoldarse á las formas democráticas y á las prescripciones de la ciencia. ¡Qué gran día para el patriotismo aquél en que, acatada y obedecida por gobernantes y gobernados la constitución actual, con

todas sus imperfecciones, pudiera presidir en paz la consagración definitiva del país al trabajo, que es un factor omnipotente de mejoramiento en el individuo y en las sociedades!

2.o A LA FLOJEDAD DEL CARÁCTER NACIONAL—Falta la cuerda correspondiente al valor moral en la gama de nuestras cualidades. Concebimos el deber; vemos claramente donde está el derecho, pero carecemos de esa fuerza, de esa tenacidad que saben perserverar en el deber y saben defender con dignidad el derecho. Con uu valor físico que suele rayar en lo heróico, no conocemos ese valor cívico cuyos resortes son la altivez y la tranquila posesión de sí mismo.

Así se explica que los ciudadanos, prontos á exponer su vida apenas suena el somaten revolucionario de rancho eu rancho y de cuchilla en cuchilla, se manifiesten rehacios à ir á los urnas á ejercer el precioso derecho de concurrir á la formación de los poderes públicos. Nuestros campesinos sobre todo, ofrecen sin vacilar el holocausto de su existendia á un alzamiento en armas cuya razón no alcanzan sinó muy vagamente: pero vacilan antes de arrostrar la simple enemistad de un comisario de policía, bastante molesta por cierto, en el abandono de nuestra desierta campaña. Y los gobiernos, como es natural, no pueden menos que apoderarse de una facultad de que hace el pueblo cobarde abandono.

3.o A NUESTRO DESEQUILIBRIO ECONÓMICO, dentro del cual la juventud no encuentra más horizontes abiertos á su actividad que

el empleo público, cuya obtención es un problema de vida ó muerte para miles de personas. A esta causa debe atribuirse que las luchas políticas adquieran tan extraordinaria importancia estando vinculados á ellas, en su más estrecho sentido, los intereses privados de una gran parte del país. Así, todo converge hácia la política. Y de èsta se habla siempre, de modo que en cada uno de nosotros hay infaliblemènte un orador y en cada orador un político consumado.

Y todos van á estas contiendas como á una feria de posiciones y destinos. Allá van las inteligencias más cultas y elevadas, las mediocres y hasta las inferiores, á pedir en confuso tropel lo que no pueden hallar en otras esferas de la actividad humana; allá van: las primeras à gastarse, con frecuencia, en esfuerzos sin fruto y las últimas á triunfar casi siempre, aunque por breves instantes, porque la ola avanza y los que están arriba, por una ley física, deben ceder su puesto, necesariamente, á los que siguen empujando desde abajo. De aquí también la falta de verdaderos hombres de estado. ¿Ni cómo ha de haberlos dada la instabilidad de nuestras cosas, dado mejor dicho, el vértigo perpétuo que nos arrastra?

4.o A LA IMPOTENCIA DE LOS GOBIERNOS PARA IMPONER EL ORDEN y consagrarse á la labor tranquila y fecunda de ordenar la administración y promover el progreso en todas sus manifestaciones. El primer derecho y aún el primer deber de todo gobierno es conservarse. Y en un país donde no hay quien no aspire á las prebendas oficiales y

donde la acción pública asume siempre las formas agresivas de la ambición política, se explica que los gobiernos vivan casi exclusivamente dedicados à defenderse, relegando, mal de su grado, à segundo término los grandes intereses públicos.

5.o A LA FALTA DE INDEPENDENCIA DE NUESTRO CARÁCTER, lo que nos transforma en rebeldes ó en serviles según las circunstancias: siempre en dependientes de un poder extraño, llámese como se llame. Necesitamos servir ciegamente á alguien para obtener algo. La corrupción política, en este sentido, no reconoce límites. Como son muy pocos los que alcanzan las posiciones políticas por sus propios méritos,—pues un hombre de elevadas condiciones de inteligencia y de carácter suele ser peligroso,—es casi general el abdicar de la voluntad propia en aras de intereses agenos.

Obsérvese, en efecto, la actuación de la mayor parte de las asambleas legislativas. Sólo una se atrevió á desafiar abiertamente las iras del poder: la que fué disuelta por el presidente Cuestas, y aún esa cayó por no ceder á la presión popular y acaso mantuvo su rebeldía hasta el fin porque nunca creyó en la posibilidad del golpe de Estado.

Ha habido algunas Cámaras en que la falta de discernimiento en gran número de diputados de la mayoría gubernista era tan evidente, que tenían necesidad de formar en línea de batalla con una especie de cenuelo à la cabeza para hacer, al votar, el movimiento de orden seguido inmediatamente por todos los demás. Timon en su ad-

mirable «Libro de los Oradores» pinta con su habitual donaire la situación angustiosa de un padre de la patria que, al intentar levantarse para dar el voto con arreglo á los dictados de su conciencia, siente como que le tiran de un faldón y el otro de su levita, y es su esposa y son sus hijos con todo el cuadro de las necesidades del hogar que ellos evocan. El efecto es mágico: el pobre hombre se anhiere á su sillón. Nuestros diputados no precisan á veces que les tiren: suelen ir á la Cámara sin faldones. Cuando salen con ellos de su casa, no es difícil que los pierdan en las ante-cámaras de la casa del presidente.

La necesidad es una causa eficiente de esta falta de independencia, pero no es la única. Los más pobres no resultan siempre los más incondicionales y todos hemos visto cómo se adhieren á los puestos públicos ciertos personajes de posición desahogada y de gran figuración social. Es que, frente á nuestro marcado *snobismo*, no hay valor intrínseco en los hombres, derivando toda su importancia de la posición política que ocupan y que tratan, por consiguiente, de conservar á toda costa.

A èstos hábitos de servidumbre corresponde, como es natural, la tendencia absorbente y el orgullo imponderable de la mayor parte de lòs gobernantes, que se sirven y ajan alternativamente á sus hechuras, sin temor á ninguna sanción moral, porque saben que los independientes de hoy, serán los incondicionales de mañana, según sople el viento de las influencias olímpicas.

6.o A LOS RESABIOS dejados por las innu-

merables revoluciones que hasta ayer mismo han venido azotando al país y cada una de las cuales ha abandonado sobre el surco la semilla de la revuelta próxima, en las masas de gentes flotantes que quedan esparcidas por ahí, sin hábitos de trabajo,—elemento apropiado para todas las convulsiones,—y en la reviviscencia del espíritu militar que ha llenado de heroismos nuestra historia, pero que ha derramado á torrentes la sangre con que se alimenta y se mantiene siempre encendido el fuego devastador de nuestros rencores.

7.o A LA POCA ACTUACIÓN POLÍTICA DE LOS HOMBRES DE TRABAJO. Examínese la formación de la mayor parte de las asambleas legislativas. No encontrareis en ellas, por lo general, más que abogados, médicos y alguno que otro periodista como elemento de figuración. Luego viene el grueso, formado casi siempre por politiquillos de aldea, llevados allí por el caciquismo local, ó bien por hombres sin oficio ni beneficio conocidos y cuya importancia política deriva únicamente de su amistad con el jefe del Estado. ¿A cuántos representantes de la Industria, del Comercio, de la Agricultura, que podrían llevar á los debates su experiencia y su sano criterio de hombres prácticos, vemos, en cambio, figurar en nuestras cámaras?

8.o A LA NATURALEZA DE NUESTROS PARTIDOS POLÍTICOS, cuyo espíritu alimentado en el odio tiene que ser necesariamente estrecho y egoista. Pero á esta faz, la más grave y compleja de nuestro problema político le consagraremos, en capítulo aparte, toda la atención que reclama su excepcional importancia.

## CAPÍTULO V

# Los partidos históricos

I

Dice Demolins en su celebrada obra: «En
» qué consiste la superioridad de los anglo-
» sajones...» «...Comparad lo que los pri-
» meros—los anglo-sajones—han hecho de la
» América del Norte y lo que han hecho los
» segundos—los latinos—de la América del
» Sur. Es el día y la noche; lo blanco y lo
» negro: de un lado, la sociedad marchan-
» do hácia adelante, hacia un gran desarro-
» llo, el mayor conocido, de la industria y
» el comercio; del otro, la sociedad mirando
» hacia atrás, hundida, atascada en la vida
» ociosa de las poblaciones, en las revolucio-
» nes políticas. En el Norte es el porvenir
» que llega; en el Sur, *es el pasado que se
» vá.*» Estas severas palabras, cuya dolorosa
verdad sentimos todos, parecen escritas ex-
presamente para nosotros. Ahí está nuestra
carcoma y nuestro mal. Vivimos adheridos
al pasado, como el musgo á las ruinas, co-
mo la hiedra á los cercos viejos. Y si, em-
pujados violentamente por el aliento irresis-
tible de la civilización moderna damos al-
gún paso hácia adelante, lo hacemos con la
cabeza torcida, con el rostro vuelto hácia
atrás, como aquellos trágicos condenados que
nos pinta el Dante en su Infierno.

Habitó en tiempo de la conquista en las

márgenes del Río Orinoco un pueblo de indígenas, hoy extinguido, en el que era costumbre corriente, originada en antiguas creencias religiosas, el guardar cuidadosamente conservados en grandes canastos pendientes de los techos de sus propias viviendas, los restos de todos sus muertos queridos. Nosotros, al través de siglos de distancia y con algunos grados más de civilización, les imitamos también en cierto modo.

No podemos, en efecto, desprendernos de nuestros muertos y sus pasiones, sus errores y sus odios siguen siendo nuestros errores, nuestros odios y nuestras pasiones. Vivimos así dentro de un círculo vicioso del cual no hemos podido desviarnos para tomar nuevos derroteros. El pasado es la musa de nuestros poetas, el eterno arsenal de los efectos retóricos de los oradores de Club y hasta de los estadistas. Los mismos gestos y los mismos entusiasmos que arrastraron á luchas implacables á las huestes de Oribe y de Rivera agitan hoy las almas hasta el frenesí. En vez de nuevos oriflamas, símbolos de un pensamiento nuevo, se agitan ante el pueblo memorias de épocas lejanas, recuerdos gloriosos pero marchitos, despojos de sepulturas. Y las muchedumbres, sin una visión clara de su misión y de sus esperanzas van á la guerra como antaño, la vista fija en un trapo sangriento, á destrozarse estérilmente en los campos de batalla y lo que es peor, á renovar—¡en pleno siglo XX!—las prácticas de las viejas escuelas de exterminio, produciendo hechos de horror que, si han llenado de espanto el corazón de las personas sen-

sibles, no han logrado herir la ruda caparazón del fanatismo partidario, hasta el punto de haber merecido más que la indiferencia, la aprobación de hombres ilustrados de los dos partidos.

He ahí la obra del carácter histórico y tradicionalista de nuestros partidos. Otros países sud-amicanos han logrado emanciparse, como la Argentina, del peso molesto de la tradición y el porvenir les abre ya sus brazos. En Estados Unidos, país de los progresos estupendos, ya no hay nordistas y sudistas, sinó republicanos y demócratas, partidos legales, que pueden sucederse en el poder sin provocar cataclismos y que no levantan banderas históricas, ni aún de principios, sino de intereses; porque hoy, fuera de nosotros, no hay quien arrastre á las multitudes civilizadas con espantajos históricos ó con abstracciones políticas. El mismo verbo socialista que trae tan agitado al mundo es, más que otra cosa, una especie de religión económica, cuyos dogmas pretenden ser el fundamento de una sociedad nueva, mejor nivelada del punto de vista de los intereses materiales.

En la libre Inglaterra los Wigts y los Tories se han transformado en liberales y conservadores, partidos legales, que se suceden pacíficamente en el mando—donde todos se gastan á su turno—y cuyos instrumentos de lucha, son, casi siempre, los diversos criterios con que se aprecian las cuestiones económicas que suscitan á cada paso los intereses del vasto Imperio Británico.

Francia puede ser excluida del estudio de

los partidos como fuerzas de estabilidad y de progreso debido á que, en el fondo de todas las cuestiones, late allí la cuestión religiosa, complicada hoy por el problema social. Italia y España, que no deben ser tomadas como ejemplo de organizaciones políticas avanzadas, presentan el caso, sin embargo, de partidos que, á la sombra del trono, se suceden en el poder sin esos sacudimientos dolorosos que retrasan por muchos años el progreso de las naciones.

Empero, en estos últimos pueblos, especialmente en España, cuyo atraso político confiesan los mismos españoles sin reatos, podemos encontrar alguna analogía con nuestras cosas, considerando la situación de los partidos ilegales ó revolucionarios con respecto á la dinastía reinante. Allá tenemos á los liberales ó Alfonsinos, y á los carlistas que sueñan con la quimera de una restauración del Pretendiente, sin contar con los republicanos, cuyos esfuerzos hacen vacilar hoy día el trono del joven Alfonso XIII. Pues bien, nuestros partidos, dejando de lado las diferencias más ó menos apreciables de principios y de tendencias, son también partidos ilegales, revolucionarios, que, desdeñando ó desconfiando el uso de todo instrumento legal viven: en la llanura, atisbando las debilidades del adversario para escalar violentamente el poder y, en el poder, estudiando los medios de impedir el triunfo legítimo, ó una influencia demasiado peligrosa del enemigo, pues saben que, una vez en la llanura, no volverán á ascender sinó por la violencia.

## II

El blanco y el colorado son, pues, algo más que dos bandos políticos; son, como los liberales y carlistas en España, (1) dos tendencias dinásticas, dos castas políticas, cuya sucesión en el poder es imposible, á menos que se opere un sacudimiento social, que no haría más que invertir el orden de los factores sin dejar nada resuelto.

Entretanto, todos, güelfos y gibelinos tienen, por los defectos ya apuntados del carácter nacional y por la estrechez del medio económico la vista fija en el escenario público. Así se explica que la acción de los gobiernos, aun los mejor intencionados, se vea embarazada por tan serios obstáculos y limitada casi en absoluto á la tarea, ya bastante difícil de defenderse, no solo contra el adversario común sino contra las fracciones del mismo bando que los ha alzado sobre el pavés y donde la impaciencia por las altas posiciones, facilita la división indefinida de todos los elementos, creando odios y violencias siempre renacientes.

---

(1) Esto no significa, como se comprenderá, que tal fracción política nuestra corresponda precisamente, por su índole y tendencias, á tal otra de las que se agitan en la Madre Patria. Queremos decir, tan sólo, que aquí como allá, separa á los partidos todo un abismo de odios, de intereses y de sangre; y que aquí, como allá, no obstante los *Abrazos de Vergara*, parece lejano el día en que unos y otros puedan sentarse tranquilamente, como los antiguos iroqueses, á fumar el *calumets* de paz bajo la misma tienda.

## III

El carácter tradicionalista é impersonal de los partidos convierte á cada uno de éstos en algo así como una herencia sin dueño, de la que todos quieren apoderarse; de modo que, en el seno de cada uno brotan los jefes como las setas después de un día de lluvia.

Considérese, en efecto, la actuación del colorado en el poder, en el que se mantiene hace muy cerca de cuarenta años. Nunca se ha resignado á admitir la jefatura lógica, natural (hablando sin hipocresías) del Presidente de la República, salido de su propio seno. ¿Por què? Porque cada cambio de situación ha dejado en el llano á unos cuantos «hombres dirigentes» ó de «primera fila» que ya no se resignan en la acción pública á un rango secundario. Por manera que á cada vuelta de esquina, teneis ocasión de saludar á un pretenso jefe del partido.

Todo ex-presidente, todo ex-ministro, todo el que llega á lucir sobre su kepí las palmas de general—¡y no son pocos entre nosotros! —tiene su círculo de amigos y admiradores; tiene su corte, es un pretendiente y se considera, sobre todo, el jefe nato del partido!

¿Qué gobierno colorado no ha tenido que luchar con este poderoso inconveniente? El mismo Santos que pretendió hacer gobierno exclusivamente colorado estuvo, al final de su administración, á punto de ser tumbado por sus propios correligionarios, y ya se incubaba la revolución correspondiente cuando el instinto político de aquel hombre le sugirió un

medio supremo para conjurar el mal: la conciliación con algunos miembros importantes de todos los partidos, elegidos entre sus enemigos más encarnizados. Herrera gobernó con un círculo fuera del cual estaban de hecho excomulgados los demás partidarios como no pertenecientes á la «colectividad». Idiarte Borda se vió furiosamente combatido por los suyos y, durante la extraordinaria evolución política que tocó dirigir al presidente Cuestas, gran parte de su partido vivió conspirando y hasta haciendo revoluciones para volver á entronizar á las fracciones caídas. En cuanto al partido blanco son muy conocidas sus disenciones internas, como que han contribuido á arrastrar al país al desastre de la última lucha armada.

Cabe una observación respecto á este estado de los partidos. Comunistas, es decir, no individualistas como somos, carecemos, sin embargo, del espíritu de asociación; no tenemos idea de la fuerza que surje de la unión y, si la tenemos, vamos á la lucha con miras tan egoistas que toda acción común languidece y muere sin resultados apreciables. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que este estado de perpétua disgregación en que arrastran su vida complicada y anèmica los partidos, tiende á anular ó á empequeñecer su acción, lo que importa un mal gravísimo, toda vez que no se conciben las instituciones republicanas sin la existencia de partidos fuertes y bien organizados, cuya acción gobernante ó controlizadora sea en realidad eficiente.

## IV

Se vé claramente que estos partidos, dentro de su organización y de sus tendencias actuales, no pueden ser instrumentos apropiados de una democracia, y su acción resulta incompatible con el funcionamiento sincero, con *la verdad verdadera* de las instituciones, y lo que es peor, con la tranquilidad pùblica sin la cual no puede haber progresos positivos.

Hablamos de tranquilidad pública y debemos explicarnos. La agitación, es decir, la acción incesante y renovadora de hombres y sucesos es de esencia misma del progreso y de las formas republicanas. Una atmósfera siempre quieta sería mortal. Una política sin renovaciones, una tranquilidad absoluta están á un paso de la tiranía. Es sabido, por otra parte, que la paz inalterable, eterna, como el Reino de Dios, según la sentencia bíblica, no es de este mundo. ¿Què nación, en efecto, por muy avanzada que sea, puede considerar la paz interna y externa como una conquista definitiva? Pero cuando el problema de la paz ó la guerra constituye por sí sólo el eje de la política de un pueblo, entonces puede asegurarse que el estado permanente, natural, no es de paz si nó de guerra. Y es lo que pasa entre nosotros debido á la índole de los partidos. El fantasma de la guerra nos acecha, nos persigue sin cesar, empequeñece ó impide nuestros progresos, siembra por doquiera la desconfianza y, como Banquo, el tremendo convidado de Macbet, sentado siem-

pre á la mesa de nuestros festines, amarga todas las alegrías y anubla todos los horizontes.

## V

Para resolver estas graves cuestiones se ha echado mano hasta ahora de medios empíricos, no reprobables del todo cuando se hallan fuera de nuestro alcance las soluciones científicas. Se consideró que la política de partido, tan natural donde los partidos son fuerzas eficaces y pueden sucederse sin mayores perturbaciones en el poder, constituiría entre nosotros una verdadera injusticia que tendería á excluir sistemàticamente de las altas funciones públicas á una rama numerosa de la familia oriental, cuyo crimen estaría solamente en una divergencia secundaria de ideas y principios.

Y surgió entonces la llamada política de *coparticipación*, fruto original, expontáneo del suelo y del ambiente. Olvidada poco después de la paz de Abril, Tajes la ensayó con éxito, Herrera, no obstante sus radicalismos partidistas no la repudió del todo y, cuando Idiarte Borda la desdeñó por fastidiosa é inútil, agravando la falta con desaciertos que sublevaron la opinión, vino la Revolución del 97 y, tras ella con Cuestas, volvió como un resultado de la paz de Septiembre, la política de coparticipación aplicada en una escala hasta entonces desconocida, con la subdivisión, hasta cierto punto, de las facultades ejecutivas del gobierno, entregando la administración de varios departamentos á ciudadanos

dependientes en lo exterior del Poder Central, pero hechuras en el fondo, del Directorio blanco. El partido de la llanura, con la tercera parte, además, de la Representación Nacional se erigía en un formidable controlizador del partido gobernante; pero, en cambio, quedaba la guerra civil oficialmente organizada y un ejército enemigo armado y pronto para entrar en acción acampado dentro de las fronteras!

¿Fué imposible evitar el choque? Dejemos sin dilucidar un punto cuyo estudio pertenece ya á la historia. Pero, es necesario decirlo: ¡cuánto habría ganado el país si se hubiera podido conservar aquel difícil equilibrio! — Cuando ciertos problemas no pueden ser abordados de inmediato, pueden orillarse, dejando al tiempo, que es el gran aliado del progreso, la tarea de facilitar su solución más adelante. Es una lección constante de la historia. Si las innumerables víctimas de la guerra religiosa conocida por «de los Treinta años», hubieran podido levantarse cien años después, de sus olvidados sepulcros; !cuánto habrían maldecido la obstinación de los que les impulsaran á destruirse en una lucha tan sangrienta como estéril y, cuyas causas suprimiera más tarde la sola evolución de las ideas!

Pero hubo que plantear el problema de frente, y las susceptibilidades de los unos y el arranque irreflexivo de los otros nos lanzaron á buscar la solución *radical, definitiva,* en una guerra salvaje que ha reabierto la cuenta de los viejos rencores de casta, asolando la República, empobreciendo el Erario nacional

y retardando quien sabe por cuantos años los progresos del país.—Y ¿está todo resuelto? Qué! Después de una lucha que ha costado tantas vidas segadas en flor, ¡hénos vueltos al callejón sin salida al círculo vicioso en cuyo centro los viejos drúidas de una religión de odio y exterminio dejan ver todavía, en un gesto mezcla de solemnidad y de sarcasmo, los cuchillos del sacrificio chorreando sangre fresca!

Eliminada así ruidosamente la política de coparticipación, lejos de aclararse el horizonte, todo vuelve á presentarse oscuro, y los hombres de pensamiento, desalentados, parecen haber perdido toda orientación segura hacia el futuro. Hé ahí, cómo de desacierto en desacierto y de decepción en decepción, llegan algunos, más extraviados que otra cosa, hasta el extremo de soñar con soluciones brutales, esperando que el sable de un pretoriano caiga por fin sobre unos y otros, igualando al mismo rasero tantas ambiciones y la dignidad de todas las conciencias.

## CAPÍTULO VI

## Lo que debe hacerse.--La obra social

### I

Vése, pues, que de cualquier punto de vista que se le considere, en su faz social, en su faz económica, en su faz política, nuestro vasto y complejo problema es, ante to-

do, un problema educacional, cuya principal solución debe buscarse, por consiguiente, dentro de los límites, al parecer modestos, en que se desenvuelve la voluntad del individuo, que es donde está la razón y el secreto de todo vigor en las naciones.

No enunciamos un pensamiento nuevo sino una de esas verdades salidas ya del dominio de la ciencia y la filosofía, para entrar en el de las nociones más vulgares. Soldevila en su prólogo á una obra pedagójica de James lo ha expresado con sorprendente exactitud y sencillez, refiriéndose á la verdadera causa de la derrota de España en su guerra con Estados Unidos. «Maestros contra maestros, » — dice — nos hubieran ganado; abogados » contra abogados, también de fijo; comer» ciantes contra comerciantes, también de » seguro; políticos contra políticos, no hay » que decirlo. Claro está que nos habían de » vencer todos juntos á todos juntos». El citado James expresa la misma idea en términos igualmente breves y vigorosos: «La fuerza del imperio Inglés reside en la fuerza del carácter de cada uno de los ingleses por separado.» ¡Verdades éstas cuya apariencia modesta y desprovista de todo oropel científico no dejarán sospechar á mucha gente que tienen más sustancia y más ciencia que muchos sutiles tratados de Sociología y de Política!

Plantear el problema en estos términos es indicar la solución. Dentro de cada conciencia y de cada hogar deben trazarse nuevos planes de vida, nuevas líneas de conducta, en que la voluntad individual, sobreponién-

dose á los desmayos del medio, aprenda á buscar los caminos del éxito en sus actividades propias. Debemos, pues, empezar por colocarnos frente á frente de nosotros mismos, frente á nuestros errores y nuestras pasiones y entregar á la razón y al carácter las riendas de la vida, flotantes hasta ahora á todos los impulsos de la emoción y á todos los caprichos del instinto.

Se abre así un campo ilimitado y fecundo al más noble de los esfuerzos: el que tiende á corregir los datos erróneos de la propia herencia psíquica y moral, hiriendo en carne propia para extirpar los gérmenes morbosos. Hay que salir de la superficialidad latina dando un sentido más sério á la existencia, y un concepto más noble y más práctico al mismo tiempo á la lucha por el mejoramiento propio, caracterizado entre los ingleses y los yankees por el *Self-help*, que es toda una bandera y, entre nosotros, por el vago deseo de una protección agena que es toda una causa de degeneración y de muerte. Hay que ennoblecer el trabajo con el ejemplo más que con la palabra, y contar á nuestros hijos con las leyendas del heroismo guerrero que nos redimió de dominaciones extrañas, las leyendas de los héroes del trabajo y la voluntad, cuyas hazañas son más redentoras que las de la espada. Así, á cada joven al darle el impulso inicial para la lucha no debe decírsele: «Vé, y cuenta con nosotros». Debe animársele, diciendo: «Anda y cuenta contigo mismo».

Convenimos fácilmente en las dificultades ue presentará la obra de nuestra regenera-

ción si ella ha de partir de la reforma de nosotros mismos. No se cambian así no más los hábitos y las ideas de un millón de seres humanos. Pero algo es necesario hacer y para algo ha de servir la pluma de los publicistas, si ha de aspirar á merecer otra cosa que el efímero aplauso de multitudes fanatizadas y mantenidas en el engaño por egoistas intereses políticos.

Hacer brillar la luz en el cerebro oscuro de las masas; hablarles el lenguaje sencillo y convincente de la verdad; inducirlas en las corrientes del individualismo anglo-sajón, explicándoles que el utilitarismo yankee, que tanto nos repugna mirado desde lo alto de nuestros ensueños idealistas, tiene un aspecto nobilísimo en el ánsia de alcanzar por la posesión de los bienes materiales una vida cada vez más digna é independiente, en tanto que nuestro generoso altruismo, muy pagado de bellas palabras, nos lleva por atajos extraviados, donde surje á cada paso la antinomia evidente entre el puro y resplandeciente ideal y la imposición ruda de las cosas que nos encadena á la necesidad, á la dependencia eterna, á una vida muchas veces sin dignidad ni altivez; mostrar al pueblo sus defectos, la debilidad de su carácter, la molicie de sus costumbres en vez de adular sus pasiones y sus instintos; educar, en una palabra; educar en su acepción más àmplia y generosa, poniendo al servicio de esta educación todas ias seducciones de la forma y todos los encantos del pensamiento. He ahí todo un programa del que el talento de los escritores puede

sacar amplios recursos para la obra del mejoramiento de las costumbres.

Pero en la esfera de la acción pública, ningùn destino más envidiablemente fecundo que el de la prensa periódica cuya propaganda, bien encaminada, podria ser un instrumento poderoso de regeneración social y de elevación del carácter. El periódico exclusivamente político ha muerto, hecho que señala un principio de reacción apreciable en nuestras costumbres. Sin embargo, llenan demasiado las columnas de los diarios más señalados por su cultura, las eternas polémicas político-literarias de caracter personal y sobre hechos amenudo retrospectivos que á nadie ó á muy pocos interesan. La prensa debe tratar de romper esas ùltimas ligaduras tendiendo al ideal moderno de diario de ámplia información que hace llegar à nuestro oido, en términos concisos, los ecos de la civilización humana, la crepitación incesante de la inmensa fragua de los hechos, en que cada uno puede tomar sin esfuerzo, como un racimo maduro, la enseñanza de las cosas. Y si queda algun margen para el doctrinarismo, ¿qué mejor empleo se puede hacer de él que el de una tarea educadora, que tienda á alejar á la juventud de las profesiones liberales, de la empleomanía, del afan de posiciones fáciles y á impulsarla por las vias del trabajo manual, siempre remunerador y de las industrias agrícolas y ganaderas en que está el porvenir de cada uno y el porvenir de todos?

Los hechos mismos parecen indicar el camino. Empieza ya á notarse, en efecto, una

reacción favorable al desenvolvimiento de la iniciativa individual, visible sobre todo en el disgusto por las cosas políticas, no solo solo entre los hombres curtidos por las decepciones sino entre la misma juventud que va abriendo sus ojos á la luz y buscando horizontes nuevos á su esfuerzo en el comercio y en la industria. Es el primer paso. La prensa debe sencillamente mantener el impulso, evitando al mismo tiempo la violencia de las propagandas extremas que nos convíerten á todos, sucesivamente, en víctimas y victimarios, según soplan los vientos de la fortuna.

II

No quedaría completo este capítulo consagrado á los medios de mejorar nuestro carácter, sino incluyéramos en él algunas consideraciones relativas á la influencia femenina, más poderosa de lo que generalmente se cree, en un país en que abundan las mujeres dotadas de belleza y de ingenio y cuyas virtudes severas, en consorcio admirable con una gracia sin par, las eleva con frecuencia al concepto más elevado de la buena y amorosa compañera del hombre. Hemos dicho que la influencia de la mujer es poderosa; pero, ¿es igualmente benéfica? Aunque pequemos de poco galantes, hay que decirlo. Ellas—y ellas son todas: nuestras madres, hermanas, esposas é hijas—arrojan tambien á la hoguera comun el fuego de sus odios y, lejos de interponerse, como las sabinas entre los combatientes, entran en liza y acompañan á unos y á otros, con un entusiasmo que hacen pe-

ligroso sus hechizos, en la derrota y en el triunfo. Ellas tienen tambien sus creencias políticas, ellas participan del funesto odio de familia que nos devora; ellas alfombran de flores el paso de los caciquillos campesinos; ellas bordan las divisas de sus amantes con leyendas de muerte; ellas, en una palabra, impulsan à una juventud siempre generosa á morir en las cuchillas por ideales caducos, por opiniones políticas que ya no responden á la realidad y á la vida.

No las culpemos, sin embargo. Hijas del medio y de la herencia, no han podido substraerse al mal que á todos nos arrastra. Están necesitadas de educación, como nosotros. Aquí también, pues, de la influencia de los publicistas. El látigo de Juvenal, aunque envuelto en flores, como el puñal de Harmodio, debe restallar también sobre esas cabecitas hermosas pero algo vanas, cuyas veleidades políticas pueden costar al país tantos cadáveres y tantas ruinas.

¡Considérese cual otra sería nuestra condición si toda esa poderosa fuerza social puesta hoy al servicio de pasiones sombrías, se volviera, por efecto de una propaganda incansable y de las enseñanzas bien dirigidas de la escuela, del lado de la paz y la concordia.

# CAPÍTULO VII

## La obra económica

### I

El malestar económico, que tiende á perpetuar los males de orden moral y político que se han señalado, tiene sus raíces, en parte, en las mismas causas de estos últimos, correlacionándose unos y otros de tal modo, que resolver el problema económico es empezar á resolver los políticos. El diagnóstico es el mismo: nuestra escasa fuerza de producción no nos enriquece en la medida necesaria para lanzarnos resueltamente á un gran desarrollo del comercio y de la industria. Si el mal está en nosotros, el remedio no puede estar fuera de nosotros mismos. Así, la misma fuerza que elevaría nuestra riqueza considerablemente, elevaría nuestro caràcter á las alturas de una gran dignidad y una altiva independencia.

Pero, aparte del esfuerzo individual otras influencias deben concurrir á solucionar esta cuestión íntimamente ligada á la labor de los gobiernos. Atravesamos actualmente un período difícil en la evolución de todas las sociedades, cual es el tránsito de la vida exclusivamente pastoril á la agrícola; de la existencia fácil, abundante, sobre las praderas cubiertas de ricos pastizales, donde los ganados engordan y procrean casi sin cuidados, á la existencia de rudo trabajo sobre la tierra.

rebelde que sólo entrega sus tesoros á cambio de una tarea amorosa y perseverante. Y ésto no quiere significar precisamente que la agricultura ha de suplantar á la ganadería, sino que ésta ya va siendo insuficiente para llenar las necesidades de una población más extendida y que, mejorando ella misma sus procedimientos en el sentido de obtener mayores rendimientos por la mejor calidad de sus productos, debe tener por aliada inseparable á la agricultura, que centuplica el poder económico de una región por el mejor aprovechamiento del suelo y es la introducción obligada de un verdadero desarrollo de la industria.

La ganadería, debido al esfuerzo de algunos hacendados inteligentes tiende á salir del atraso en que la mantenia nuestro espíritu rutinario. Pero la agricultura, reducida casi á los alrededores de la capital y al ejido de las poblaciones más importantes vegeta aun, en general, en un atraso lamentable respecto á los procedimientos de cultivo, debido á las dificultades que la depara el medio y á la general ignorancia de los elementos inmigratorios que le consagran sus esfuerzos. Con todo, se presenta como una promesa magnífica, si se tiene en cuenta lo que ya produce, sin estímulo y casi sin protección oficial. Esta evolución debe ser impulsada con vigor ofreciendo más amplios estímulos á un ramo del trabajo que, aparte de su elevada importancia económica puede constituir por sí solo una gran fuerza civilizadora. El pastor, en efecto, parece conservar en todas partes algo de las rebeldías y

los hábitos inquietos que caracterizaron á los antiguos nómades; en tanto que el labrador, más pacífico de suyo, tiene más tendencia á la estabilidad, es esencialmente conservador, odia à la guerra que puede privarle en un día del fruto de sus sudores y educa á sus hijos en el respeto y la obediencia al orden establecido que es la égida de sus progresos. ¡Calcùlese, pues, el valor social y político de la obra que habremos realizado, el dia en que hayamos logrado fijar á la tierra á todo ese elemento nacional que hoy arrastra sus miserias, su holganza y hasta sus hábitos de rapiña por la desierta extensión de nuestros campos, ofreciéndose como alimento inevitable al mónstruo sangriento de las guerras intestinas!

La acción individual y la acción de los gobiernos pueden y deben darse la mano en el sentido de difundir el crédito en las regiones agrícolas; de resolver el problema de la fundación de escuelas prácticas; de ofrecer estímulos á la producción premiándola en alguna forma y procurando, al mismo tiempo, abrir vastos mercados á nuestros cereales; y de resolver sobre todo la gran cuestión de los caminos y de los ferrocarriles, sín los cuales no hay Agricultura posible. Esta última es una de esas obras urgentes como que sería nno de los fundamentos de la transformación económica. Se dirá que lo esencial es que se densifique la población; pero nó, lo esencial, lo primero, es hacer caminos, porque las vias fáciles de comunícación y los ferrocarriles crean los centros de población y crean la agricultura. Los gobiernos, comprendiéndolo así,

vienen dedicando su atención á este magno asunto; pero las dificultades políticas y las guerras civiles han estorbado con frecuencia la realización de designios muy patrióticos, no obstante lo cual la obra de los caminos, resuelta en principio, ha entrado ya en la via de los hechos y no espera para tomar un gran impulso más que algunos recursos financieros ya proyectados y de que le privó la última guerra.

## III

Mayor protección oficial que la agricultura ha alcanzado entre nosotros la industria, como medio de abrir horizontes al trabajo y aumentar rápidamente la riqueza pública. Deseando hacer del nuestro un país fabril, antes de serlo ganadero y agrícola, en el ámplio concepto de estas palabras, se ha ido tal vez demasiado lejos en ese sentido, tendiendo á crear, sobre la base de tarifas aduanera altamente protectoras, industrias nuevas, á veces *artificiales* como son las que importan la materia prima y hasta los artefactos á medio concluir, para darles aquí la última mano.

¿Qué resultados pueden esperarse de este proteccionismo, tal vez exagerado? No intentaremos dilucidar aquí la vieja cuestión económica entre el libre cambismo y el proteccionismo, ya resuelta en el terreno de la ciencia pura, pero que vuelve á entrar á banderas desplegadas, en el campo siempre movible de la realidad. Los hombres viven repitiéndose á sí mismos á través de la historia. Así, las naciones europeas tienden á vol-

ver al privilegio y al monopolio antiguos, como medio de resolver problemas desconocidos antes; y, hasta el socialismo, que consideramos tan avanzado, pretende reconstruir las corporaciones de artes y oficios reglamentadas por el estado, una institución añosa que fué de las primeras en caer barrida por los vientos precursores de la Revolución Francesa.

El error, de nuestra parte, está en suponernos en igualdad de circunstancias con naciones cuyos problemas económicos, originados en el exceso de población son tan distintos de los nuestros; y en tomar como modelo á Estados Unidos, cuyo inmenso desarrollo no es obra precisamente de su política proteccionista, y donde ya empiezan, al contrario, á palpar el error de este exclusivismo económico en que mantiene à aquel gran país una omnipotente oligarquía del dinero. Lo cierto es que nuestro proteccionismo va encareciendo extraordinariamente la vida. Y todo para qué? Hay industrias que proporcionan trabajo à una veintena de personas y para proteger á las cuales, ha habido que recargar notablemente á ciertos artículos de primera necesidad! Es que se olvida con frecuencia que, en política como en economía, lo mejor es lo que tiende al beneficio del mayor número; y que no se debe sacrificar demasiado el presente á las promesas quiméricas de un porvenir incierto, ó cuando menos muy remoto.

## IV

Aparte de la reconocida importancia de unas finanzas bien dirigidas y de una reforma en sentido más científico de nuestro sistema tributario,—obra que espera la aparición de un hombre, economista y estadista á la vez, que tenga la visión clara de un plan superior y sepa imponerlo con el poder de una voluntad inquebrantable,—encontramos, como siempre, que la verdadera solución de nuestras cuestiones económicas está en gran parte en nosotros mismos y debe partir de la iniciativa individual, de un mayor desarrollo del espíritu de empresa, que mueva los capitales estancados ó consagrados casi exclusivamente á los bienes raíces, con grave perjuicio de la ganadería, la agricultura y la industria, que son las fuentes vivas del bienestar común.

Y esa solución vendrá! Pueden anotarse desde ya algunos síntomas halagadores, entre ellos el descenso enorme del interés, hecho que va relegando á la historia al tipo del pequeño rentista que, después de unos años de trabajo y estrechez, logra alcanzar una vida no muy desahogada pero ociosa. Algunos bancos, como ya hemos dicho, no pagan interés alguno por los depósitos en cuenta corriente y otros no pasan del uno por ciento anual. Esta baja considerable hace afluir el dinero á los inmuebles, con lo que subirá el valor de la propiedad, disminuyendo en cambio la tasa de los beneficios, observación igualmente aplicable á los papeles

públicos, donde la afluencia del capital, elevando los tipos de cotización como ha sucedido últimamente, determina una disminución bastante apreciable en las utilidades. De modo que al mismo capital se le van cerrando todos los caminos que no sean los del trabajo y la actividad perseverantes. Un poco de paz, un poco de cordura en los gobiernos y en los partidos y éste será un punto de partida hácia imprevistas expansiones del comercio y de la industria.

No debe abandonarse, por otra parte, la obra educadora del pueblo por medio de la pluma y de la escuela, procurando la formación de hábitos morales que sean todo lo contrario de la loca prodigalidad criolla: hábitos de orden, de economía, de previsión que, junto con el despertar de las aptitudes del trabajo, hagan gastar á las clases pobres —casi no deberían existir en nuestro país— el placer inmarcesible de una vida sóbria pero orientada hácia una noble y altiva independencia.

La propagación de bibliotecas rurales á base de libros gratamente educadores, como los de Smiles, podria contribuir talvez al éxito de esta obra civilizadora que, para ser social—no nos cansaremos de repetirlo—debe partir de la reforma del individuo. El libro y el diario deben llevar hasta el último rancho perdido en las soledades del campo, nó el eco vano y desasosegador de nuestras interminables contiendas políticas, sinó la palabra de paz y el verbo de este evangelio de trabajo que es el que lleva sobre sus alas el secreto de lo futuro.

## CAPÍTULO VIII

## La obra política

### I

Una vez resueltas las cuestiones sociales y económicas, ya no habrá en realidad problema político en lo que tiene, al menos, de sombrío y amenazador. Cuando seamos un pueblo que trabaje, serán menos exclusivas las preocupaciones políticas y, al mismo tiempo, por efecto de una mayor independencia del carácter, sabremos usar de mayores energías en la defensa de nuestros derechos cívicos, hasta alcanzar la libertad eleccionaria, dentro de la relatividad que parece comun á todos los pueblos, aún á los Estados Unidos, donde la venalidad del voto es un instrumento de predominio para los partidos y donde son éstos y los *struts* los que, en vez de los gobiernos, corrompen las conciencias con torrentes de oro.

Paralelamente á esta elevación en el carácter irá labrando el corazón de las generaciones actuales, combatidas por grandes decepciones, un disgusto creciente que tenderá á alejarlas de la lucha por las posiciones oficiales, brillantes pero efímeras y que, en ningún caso, aseguran un porvenir ámplio ó tranquilo.

Hay hechos que enseñan más que todas las propagandas. Uno de ellos es éste que la juventud, al elegír la ruta de sus activi-

dades, no debe olvidar: el partido blanco, durante cerca de cuarenta años que vive alejado del poder ha trabajado, ha atesorado, se ha enriquecido, como los antiguos Hugonotes en Francia, y es dentro de sus filas que se encuentran las primeras fortunas del país. Es rico hasta el punto de poder asegurar pensiones para las viudas de sus jefes caidos en la última guerra!—En cambio, el partido colorado que, durante esas cuatro décadas ha usado y, á veces, hasta abusado del poder ¿es rico acaso? ¡Todo lo contrario! Cada situación al liquidarse va entregando á la sociedad un número crecido de pobres vergonzantes que, desacostumbrados del trabajo sucumben con frecuencia en la inacción y en la miseria; y si hay dentro de dicho partido algunas fortunas, ellas pertenecen casi invariablemente á trabajadores oscuros y nó á los hombres que han ocupado posiciones culminantes en la política.

II

En cuanto á la reforma de la Constitución, considerada por muchos como una verdadera panacea de nuestros males parécenos un medio peligroso de salir de apuros, porque si bien podría realizar la obra meritoria de poner de acuerdo las leyes y las costumbres, está naturalmente abocada á servir de instrumento á las pasiones y á los intereses de partido y hasta á ambiciones personales mas ó menos escrupulosas y capaces de sacrificar el porvenir á menguados intereses del momento. Por otra parte, en un

pais en que los grandes problemas políticos y religiosos están por resolverse y en que no hemos salido acaso del periodo caótico que caracteriza á las sociedades en formación, esa reforma, que es siempre un acto revolucionario, promovería tal vez agitaciones capaces de conmover la sociedad entera, lanzándonos á lo desconocido. Y lo desconocido, en política, cuando se ponen en tela de juicio los principios fundamentales del estado, puede ser la anarquía y puede ser el despotismo sin vallas y sin freno.

Sin embargo, y en el supuesto de que, sea cualquiera el procedimiento á emplearse pudiera mantenerse la discusión de obra tan trascendental en la esfera serena y desinteresada de los principios y en el estudio desapasionado de hechos é ideas, esa reforma podria abarcar en sus grandes líneas estos puntos fundamentales:

1.o—Ensanche de la vida municipal con tendencia á una autonomia moderada, compatible con el estado y las necesidades de nuestra campaña, donde es muy difícil todavia sustraer toda suerte de instituciones de las garras de la política.

2.o—Modificación de los métodos de elección presidencial, haciendo recaer estas funciones en un colegio electoral nombrado directamente por el pueblo.

3.o—Designación de Vice-presidente de la República. Limitación de algunas facultades excesivas del Poder Ejecutivo, sin salir de la unidad política que es condición ineludible de buen gobierno, sobre todo en un medio turbulento y nervioso como el nuestro.

4.o—Prolongación del período presidencial con el fin de dar algo más de estabilidad á la política, prolongando los período aprovechables para las tareas del trabajo y para las iniciativas del capital, siempre asustadizo.

Reducida ó nó la reforma constitucional, por ahora, á estos puntos principales, muy pocos, pero bastantes para apasionarnos tal vez más allá de lo conveniente, creemos llegado el momento oportuno de empezar á aplicar la constitución que nos rige, ensayando alguno de sus recursos nó puestos en práctica aún, como el de la nacionalización de los extranjeros. Estos últimos, tal vez introdujeran, como más desvinculados de la tradición, un elemento nuevo, capaz de aplacar en parte, la saña de las pasiones partidistas; y su intromisión en el gobierno municipal y político contribuiría á llevar á los puestos representativos á hombres independientes, que harían oir en el seno de las asambleas la voz de las clases laboriosas consagradas al comercio, á la agricultura y á la industria.

## III

Pero el aspecto más grave, por ahora, del problema político es el que se refiere á los partidos, cuya acción irregular ha hecho imposible el funcionamiento sincero de las instituciones. Ya lo hemos dicho: éste no es un problema de legislación sinó de costumbres; y mientras no sea posible la rotación de los partidos en el poder; mientras un bando único sea el dueño exclusivo del país; mien-

tras un partido gobierne excluyendo y el otro viva amenazando, ambos serán conspiradores eternos contra la paz y las leyes y no habrá instituciones, por avanzadas que sean, capaces de salvarnos. ¿Qué hacer entonces? La solución ideal sería la disolución de los viejos bandos históricos; pero, hoy por hoy no hay que pensar en ella. Para disolver los bandos tradicionales sería necesario. por lo pronto, tener con qué sustituirlos, toda vez que la existencia de los partidos, más que un hecho aceptado por la ciencia política—la más resignada de las ciencias y la que más transige con las imperfecciones humanas—es casi, y sin casi, una necesidad de la vida democrática. Pero, los partidos no se crean así, de una plumada; son la obra del tiempo y la expresión de divergencias muy acentuadas en la opinión acerca de los medios de realizar el bien común; divergencias tan acentuadas que apasionen y empujen á la acción á la gran masa del pueblo. Y la masa del pueblo está adherida á la tradición, como los remeros antiguos al banco de las galeras. De modo que, para emanciparla del pasado hay que darle un sólido punto de apoyo en el presente; hay que darle nó abstracciones, sino un símbolo viviente, que hable con más vigor á los sentidos y á las conciencias vulgares que la vieja divisa guerrera. ¿Dónde está ese punto de apoyo? ¿dónde ese símbolo?

La protesta constitucionalísta, movimiento generoso pero prematuro; movimiento todo ideas y todo abstracción, fracasó por el olvido de estos sencillos principios. Sin embar-

go, ellos creyeron en su candor de ideólogos, haber hallado ese símbolo en esta concepción pueril: «dividamos el país en dos grandes fracciones: de un lado todos los buenos, del otro todos los malos...» Pero este juicio que hubiera resultado un ensayo modesto del juicio de Joshafat no ha sido posible... De modo que las energías del constitucionalismo, predicador incansable de una fraternidad celeste, andan algo desmedradas; quedando sólo en la liza algunos impenitentes que creen verosimil la existencia de un partido, con la sola misión de interponerse, como una fuerza moderadora, entre los belicosos bandos blanco y colorado.

¿Está hoy mejor preparado el terreno que el año setenta para una gran evolución de las opiniones colectivas? Los dioses tradicionales se van; y hasta parece que se sorprende á veces en los Sumos Oficiantes, la sonrisa de inteligencia y de burla incontenible que cambiaban entre sí al encontrarse los antiguos augures del Paganismo. Hasta se han producido algunos hechos: dos ciudadanos de cierta espectabilidad política, sintiendo tal vez sublevadas sus almas ante los horrores de la última contienda, en un arranque de noble sinceridad, tuvieron el valor de declarar que se separaban para siempre, uno del partido blanco, otro del colorado, reconociendo con dolor que habían llegado al convencimiento de que la acción de los bandos tradicionales jamás podría dar al país días de tranquilidad y de progreso.

Sin embargo, no hay que llamarse á engaño generalizando demasiado sobre estos he-

chos sintomáticos pero aislados. En las retortas políticas se preparan sin duda grandes reacciones; pero es menester no malograrlas deseando precipitarlas demasiado. Hay que recordar que si los dioses se van nada hay más violento que las últimas llamaradas de una fe que se extingue. Hasta los dioses risueños y juguetones de la Hélade, se tornaron trágicos en el ocaso de sus días. Por otra parte hay que vencer un poderoso obstáculo: el de la ambición política común á todas las clases de nuestra sociedad. Bien sabemos que los gritos destemplados del partidismo ciego y feroz que ahulla en los clubs, en la prensa y en la calle sus exclusivismos, no siempre salen del fondo de las almas. Ya no hay casi creencias, pero hay necesidades. Es preciso vivir, hacer carrera y, en ciertas circunstancias, comprendemos que resulte muy conveniente y ventajoso que pueda decirse de uno: «es muy blanco» ó «muy colorado».

Para remover estas causas hay que penetrar muy hondo en nuestras deficiencias morales donde radica todo el mal. La denominación de blanco y colorado es un accidente, un simple detalle. Los antagonismos de los *verdes* y los *azules* tendieron, sin duda, á abreviar los días del bajo Imperio. Pero, ¿qué hubieran ganado los griegos con extirparlos? Si aquellos nacieron de las peripecias de un circo de gladiadores, nunca hubieran faltado causas tan baladies para engendrar disputas y luchas sin cuento.

## IV

¿Quiere ésto significar que debamos abandonarnos á la desesperación de los que ven cerrados todos los caminos practicables hácia el porvenir? No lo permita Dios!—Una ámplia tarea se ofrece, por el contrario, á los hombres de pensamiento y de carácter á condición, sin embargo, de saber perseverar y de no dar un paso hácia adelante, sin asentar primero el pie sobre la arena candente de los hechos. Hay que partir de lo que sucede, y lo que sucede es ésto: que las grandes masas populares son coloradas ó blancas, y, en tanto que el incremento de la instrucción primaria y las preocupaciones absorbentes del trabajo no las liberen de esa carga ominosa de la tradición no hay otro medio de influir en la marcha de las cosas, *sinó permaneciendo dentro de los partidos actuales.*

¿Qué se gana, en efecto, con salir solo, á campo traviesa, para oponerse al turbión que pasa, arrastrándolo todo? No; *es necesario evolucionar dentro de lo existente*, pugnando los hombres superiores por encauzar á los partidos en prácticas más humanas y razonables y en corrientes más nuevas y civilizadoras. Tampoco es posible hacer, en absoluto, tabla rasa de nuestra historia.

Aceptemos el puesto que el destino nos señala, y trabajemos buscando confortarnos con las visiones del porvenir y contentándonos como el Rey-Sabio con no ver concluido nuestro templo; con ser los obreros oscu-

ros encargados de acumular materiales y cimentar una obra que sabrán concluir generaciones más ilustradas, más conscientes y acaso menos desgraciadas que las nuestras, obligadas á bogar sin brújula en la noche y á desangrarse en estas luchas interminables de las que no quedarán más rastros que algunas esperanzas muertas esparcidas aquí y allá como desechos de naufragio sobre la playa.

## CAPÍTULO IX

### Acción gubernativa

#### I

¿Qué se espera entre nosotros de la acción de los gobiernos? Todo. ¿Qué se debía esperar? Nada. Tal es, cuando menos, el ideal científico. Pero aquí, como en otras partes, la aplicación de los principios de la ciencia pura está bastante lejos todavía, y aún esa ciencia se halla en tela de juicio, combatida por la filosofía socialista que busca renovar la sociedad, llevando la acción del Estado á las más ínfimas manifestaciones de la vida, convirtiendo todo, en una palabra, en el Estado. En ésto, como en todo en la vida, parece que el término medio es, por ahora, la solución más feliz. De modo que, sin caer en el extremo de los que culpan injustamente á los gobiernos de todos los males que nos persiguen y que están fatalmente en las cosas y en los hombres, pode-

mos exigir á los que mandan una dedicación más inteligente y más eficaz al estudio de nuestras cuestiones morales y materiales. Sin embargo, es justo reconocer qae las exigencias de la opinión y las promesas de los gobiernos están muy amenudo en razón inversa de lo que éstos pueden hacer, obligados constantemente á defender su propia existencia de los embates de la ambición y de la marea revolucionaria, siempre amenazadora.

Y aún puede asegurarse que, dadas las dificultades del medio y la acción desordenada de los partidos, asombran algunas de las conquistas realizadas, sobre todo la que se refiere al soplo de honradez que pasa actualmente por la Administración Pública; honradez que podrá considerarse más ó menos relativa, que podrá no ser una conquista incorporada á nuestros progresos definitivamente, pero que contrasta sin duda con los despilfarros de otras épocas y á la cual no han llegado, al fin y al cabo, muchas naciones del viejo mundo, cuya corrupción administrativa es el bajo fondo de civilizaciones deslumbradoras.

Por lo que respecta á los progresos materiales, algo se ha hecho y algo se proyecta aunque en beneficio casi exclusivo de la Capital. La obra del Puerto puede considerarse ya, no obstante los entorpecimientos de todos conocidos, como una indiscutible realidad. Pronto lo serán también algunas obras públicas, destinadas á llenar necesidades muy sentidás y á hermosear con edificios monumentales á Montevideo. Pero ésto es poco, ésto no

es nada, si se piensa en lo inmenso de la tarea á realizarse y para la cual disponen los gobiernos de tiempo muy limitado y de recursos económicos insuficientes.

II

Resumiendo: nuestro engrandecimiento moral y material debe iniciarse, como esas obras gigantescas de horadadamiento de las montañas, desde dos puntos opuestos á la vez: desde abajo y desde arriba. Desde abajo, por una gran reacción en nuestros hábitos morales; desde arriba, por el propósito sincero, en los gobiernos, de encuadrar sus actos dentro de un programa de trabajo, cuyos lineamientos generales pueden ser más ó menos los siguientes:

1.o—Consolidar la paz, que es el bien de los bienes, por medio de una política elevada y generosa y por la formación de gobiernos fuertes en el sentido científico de la palabra: fuertes por la eficacia de sus medios represivos y más fuertes aún por el apoyo de la opinión, sin la cual toda fuerza gubernativa es débil ú opresora.

2.o—Tender en la política eleccionaria hácia la mayor sinceridad, haciendo de la libertad del sufragio una verdad lo menos relativa posible, dentro del régimen imperfecto de nuestros partidos.

3.o—Desarrollar nuestra potencia económica, protegiendo la Agricultura y creando hábitos de trabajo por medio de la fundación de escuelas especiales, agronómicas, de artes y oficios, etc.

4.o—Poblar el país favoreciendo la inmigración extrangera, sin perder de vista los inconvenientes palpados por Estados Unidos, la Argentina y otros países abiertos á las grandes corrientes inmigratorias.

5.o—Fundar colonias con elementos nacionales, sin detenerse en la consideración de que hayan fracasado los ensayos realizados hasta ahora, debido á una organización deficiente, á mala administración ú otras causas que es preciso poner en claro.

6.o—Hacer caminos y completar la red ferroviaria á costa de todos los sacrificios imaginables.

7.o—Regularizar la hacienda pùblica. No basta á este respecto con la honradez administrativa. Hay que reformar el sistema rentístico, sacando del impuesto, por una mejor distribución, todo el jugo que lógicamente puede dar, para emplearlo en renovar la paz económica y social del país dando un impulso vigoroso á este organismo, lleno de energías, de sangre rica y saludable, y desfalleciente, sin embargo, por falta de voluntad y de costumbres laboriosas.

8.o—Mejorar la administración de justicia, menos venal de lo que se crée si se la compara con la de otros estados sudamericanos, y hasta con la ideal Norte América, pero que adolece de defectos orgánicos y es, por lo cara, una expoliación más que una garantía del derecho.

9.o—Realizar grandes obras públicas que, si no son la realidad del progreso, contribuyen á la ilusión del movimiento y de la vida, satisfaciendo las necesidades del arte, que

es una fuerza educadora y una exigencia imperiosa del espíritu.

10.—Dar un impulso vigoroso á la instrucción primaria, creando al efecto los recursos necesarios para difundirla extraordinariamente y para mejorarla, sin reparar en sacrificios, porque no debe olvidarse que á nada puede aplicarse mejor que á la instrucción primaria el dicho vulgar de que vale lo que cuesta.

### III

Buscando sinceramente los gobiernos la solución de estos problemas; trabajando, sobre todo, con perseverancia, cerrados los oídos á los ruidos perturbadores de la calle, y procurando el pueblo, por otra parte, el mejoramiento social por el esfuerzo propio, aquellos y éste podrían llegar á encontrarse alguna vez en la intersección de sus órbitas, marcando la aurora de un día único, de expansiones desconocidas, en que por un gesto común señalaran en el tiempo el comenzar de una época abierta á vastas esperanzas de adelantos morales y materiales.

## CAPÍTULO X

## La verdadera solución-La escuela

### I

Pero, ¿dónde está la grande, la verdadera, la única solución de nuestros problemas so-

ciales y políticos? Si es necesario reformar las costumbres, crear hábitos de orden y de trabajo, dar elevación y energia al carácter y preparar generaciones más conscientes de su deber y de su derecho; si es necesario esparcir la luz è imprimir una sabia dirección á todos los nobles impulsos y al fiero valor que nuestros ascendientes nos legaran; si es necesario educar, en una palabra, *esa solución no puede èstar sinó en la escuela.*

De ella nos viene, en efecto, la voz de toda esperanza; de ella surge el gesto profético que abre caminos inexplorados á nuestro esfuerzo y, aunque parece una solución lejana es, sin embargo, la más rápida porque es la más lógica y positiva.

Pero; ¿de qué manera puede influir la instrucción primaria en las generaciones que van surgiendo á la lucha, si se quiere aproximarnos al tipo de mejoramiento individual que todos soñamos para los hombres del porvenir, factores de una patria nueva, de una vida nacional superior, amoldada á las formas modernas, cada vez màs ámplias, del progreso humano? Màs aún: ¿está probada la eficacia de la escuela en el perfeccionamiento del hombre físico, psíquico y moral? ¿Puede llegar su influencia educadora hasta impedir el derrumbe físico de una raza y hasta contrarrestar el poder de toda una herencia moral, *creando hábitos nuevos* y modificando la estructura íntima de la voluntad y el sentimiento?

Al llegar aquí, sentimos que la falta material de tiempo y la estrechez de los límites impuestos nos oprime, obligándonos á

desentendernos de estas cuestiones que invaden los dominios algo oscuros aún de la ciencia pedagógica y para cuya solución faltan muchos datos todavía. Habrá que partir, pues, necesariamente de una verdad que supondremos demostrada y que lo está en gran parte por las conclusiones de la ciencia, apoyadas en hechos indiscutibles que están produciéndose día á día á nuestra vista: «la escuela puede realizar la obra que se la encomienda, justificando las esperanzas de estadistas y sociólogos respecto á su influencia educadora». Citemos un hecho solamente en comprobación de esta verdad á que se aferra como á única tabla de salvación la angustiada sociedad contemporánea. Dos generaciones han bastado al Japón para elevarse de un golpe al nivel de los pueblos occidentales, cambiando su civilización petrificada en las costumbres de una sociedad cien veces secular, por otra civilización radicalmente distinta, con la misma facilidad con que se despoja un gentleman de su traje de playa para vestir el traje de orden para el teatro ó el hipódromo. ¡Inmensa revolución llena de elocuentes lecciones en que la obra de la educación aparece radiosa en toda su indiscutible eficacia!

## II

Una vez convencidos de la eficiencia de la escuela, ó cuando menos, de que ella es la única fuerza en que podamos confiar para encontrar las soluciones que se buscan y, aplicados los principios generales de la enseñanza á nuestro país, cabe observar an-

te todo que, habiendo de por medio un problema nuestro, nacional, la enseñanza debe perseguir también fines nacionales, nuestros.

¿Qué es, en efecto, lo que nos falta? ¿Cuál es la causa más general de nuestros males? La respuesta surge sin dificultades: todo el mal está en la inercia, en la flojedad, en la falta de perseverancia de nuestro carácter. La misma ignorancia de las masas tiene un interés hasta cierto punto secundario, desde que parece definitivamente comprobado por la historia que la fuerza de conservación y de expansión de pueblos y razas no está precisamente en su intelectualismo, sino en el vigor de los músculos y en la energía del carácter.—¿No se vé á la Grecia luminosa caer bajo los golpes de Roma semi-bárbara, y á la Roma de los Césares destruida por el aluvión irresistible de los pueblos nórdicos, y á India actual, con sus doscientos millones de habitantes, sojuzgada por unos cuantos miles de ingleses cuyo nivel intelectual no es con mucho superior—como observa Le Bon—al de los indus?

Siendo, pues, la energía del carácter el distintivo de los pueblos abocados á destinos superiores ¿á qué otra cosa deben tender los esfuerzos de la escuela entre nosotros que á robustecerlo y elevarlo?—Hay que formar hombres aptos para la lucha por la vida, y este objeto supremo en la enseñanza se obtendrá, sin descuidar la cultura de la inteligencia, dando mayor impulso á la educación física, á la formación de hábitos capaces de cambiar en el decurso de pocas

generaciones, nó las formas exteriores del pensamiento, sínó la íntima estructura moral de los hombres del futuro.

Pero, ¿qué concepción de la vida debe servir de punto de arranque á esta enseñanza? ¿A cuál conceder nuestra preferencia? ¿al individualísmo anglo-sajón ó al comunismo latino?—Sin aceptar de inmediato la superioridad del uno sobre el otro, todavía bastante discutida, puede ser que se encontrara un término medio entre los anglo-sajones, que no generalizan casi, y nosotros que generalizamos demasiado; entre ellos, que no pierden el tiempo meditando sobre la finalidad del hombre, y nosotros, que no damos un paso sin una fe, sin una bandera que nos arrastre al combate.

El ideal latino, heredado del ideal helénico todo luz y belleza, es más ámplio y generoso, pero ¿qué importa que concibamos la vida más intensa y armónica, en sus fines y en sus medios, si carecemos de la voluntad necesaria para hacer carne en las cosas el verbo alado de esa intensidad y esa armonía? En cambio, ellos viven más dentro de la realidad y saben sacar mejor partido de la vida. El individualismo anglo-sajón, nada discutidor, todo acción privada, lleva á cabo empresas más vastas; nuestro afán de salvar á los demás nos impulsa á discusiones y luchas interminables en que se esteriliza gran parte de nuestras fuerzas. Ellos, con una mentalidad nada superior á la nuestra, llegan, *por la sola fuerza de su carácter*, á éxitos más seguros, tomándonos la delantera en todos los caminos que conducen á la pros-

peridad material. Nosotros, estudiando profundamente las causas de ese adelanto y conociéndolas, los dejamos marchar, convencidos dc no poder alcanzarlos. Pero el origen de nuestra debilidad es también, en parte, el fundamento de nuestra gloria. Cuando ellos, en efecto, conquistan la libertad es para sí. Inglaterra ha encadenado hace siglos á sus reyes, á una Ley, á una Constitución, sin que esta enorme conquista trascendiera apenas de las fronteras del Reino Unido. Francia no se contentó con hacer trizas su trono y sus blasones: cubrió de sangre y de ruinas el mundo en su afán de voltear todos los tronos y hacer libres á todos los pueblos.

Difícil será que algún día lleguen á fundirse, en una raza superior, tendencias tan antagónicas. Pero si sin declinar de lo que constituye el orgullo de nuestra raza, debemos ir en busca de lo que nos hace falta moralmente; si deseamos curarnos de nuestra eterna borrachera de ideal, fortaleciendo en nosotros el sentido práctico y dando vigor á la voluntad y al carácter, es evidente que debemos tender en los métodos educacionales hacia ese poderoso individualismo que forma hombres aptos para buscarse la vida por sí mismos, capaces de afirmar su personalidad con indomable energía, y cuya fuerza no consiste sólo en el valor bélico, de que tanto nos pagamos, sinó en el equilibrio del entendimiento con la voluntad, en la facultad de ver con exactitud, de concebir lo mejor y de conquistarlo á fuerza de perseverancia y decisión inquebrantables.

*Nunca será excesiva, pues, la reacción*

*en el sentido de empujar la escuela, prèviamente sustraida á toda influencia sectaria, al individualismo anglo-sajón, en lo que pueda sèr adaptable á los hábitos y situación geográfica del país y á las modalidades de nuestro espíritu.* Y si, enamorados impenitentes del ideal, deseamos que flote sobre la escuela una bandera, un lábaro, una fé, hagamos del trabajo esa fe y esa bandera; hagamos del trabajo el verbo de una nueva idea regeneradora, arrojada como una simiente de grandezas futuras en la tierra siempre feraz de las inteligencias infantiles!

## III

Ahora bien; para que la escuela primaria justifique esta inmensa esperanza de que hablamos; para que pueda ser, en breve tiempo el instrumento adecuado de una gran evolución de las costumbres y un mejoramiento del carácter nacional, debe empezar por transformarse ella misma y sobre todo por extenderse á costa de todos los sacrificios imaginables, difundiendo la luz por los rincones más apartados de la República.

No es menester hacer hablar á las estadísticas, para que surja el convencimiento de las deficiencias de la instrucción pública entre nosotros, sobre todo en lo que se refiere á su escasa difusión. Bastaría, para el caso, este dato de sobra convincente; de los niños en edad de asistir á la escuela en todo el territorio de la República *solo una cuarta parte aproximadamente recibe los beneficios de la instrucción;* y, por lo que respecta á la

misma capital de la República, puede calcularse en un *50 por ciento el número de los niños privados de enseñanza!*

¡Cuán de otra manera se procede en los países que marchan á la cabeza de la civilización en Europa y en Norte América, donde se dedican sumas enormes á la difusión de la enseñanza, convencidos como están pueblos y gobiernos de que para vivir dentro de las nuevas corrientes del progreso, hay que empezar por hacer brillar la luz en las masas populares! Como en muchas otras cosas, habría que volver los ojos á España, donde el hambre de los maestros y el escaso número de escuelas han pasado á la categoría de los hechos vulgares para encontrar el símil de nuestro inexplicable abandono. Véase, por el contrarío, el ejemplo de las colonias españolas recientemente emancipadas ó que han cambiado de dominación. En Puerto Rico apenas ondeó la bandera norteamericana, se vieron brotar las escuelas como por ensalmo; y en la gloriosa república de Cuba, donde pasó un hálito vivificador de dominación yankee, consta que la partida más abultada del primer presupuesto de gastos, era la concerniente à instrucción primaria.

## IV

Hay que extender la instrucción primaria, y ésto es claro que no basta. Es menester como ya hemos dicho, que la escuela responda á las conclusiones de la ciencia y á las necesidades del país. No basta que el maestro, con el gesto displicente del que cumple con

una obligación enojosa, satisfaga á duras penas las exigencias del programa y prepare más ó menos bien á sus alumnos para el cuestionario de fin de año. La lectura, la escritura, el lenguaje, las lecciones de cosas, la misma moral enseñada de un modo sistemático, á pesar de tener siempre un carácter educacional, no son suficientes. Los programas son la letra: nosotros queremos el espíritu. Queremos un maestro inteligente, observador y filósofo, enamorado de su noble oficio, consciente de su misión y de los medios de realizarla; un maestro que tome su profesión como profesión definitiva, si es posible, y nó como medio precario de salir de apuros hasta conquistar una posición acomodada; un maestro que sea él mismo una viva enseñanza, un espejo moral por la dignidad de su vida; un maestro que tenga la abnegación suficiente para consagrar una constante atención á lo que menos brilla en los exámenes anuales á pesar de constar en los programas; á la formación de hábitos de previsión, de orden, de economía, de laboriosidad; á arraigar y sublimar los afectos que son fundamento de la familia y de la sociedad; á perfeccionar el sentimiento de la dignidad propia y á inculcar, en fin, principios morales, fundados siempre en los ejemplos que fluyen de la vida, maestra insuperable de todo.

Solo cuando la escuela primaria convenientemente esparcida por todo el país sea la realización aproximada de este ideal, recien entonces se podrá considerar cimentada la obra de nuestro futuro engrandecimiento.—Pero ¿tenemos en general este maestro y

esta escuela? Es evidente que nó. El poderoso impulso impreso á la enseñanza por el inolvidable José Pedro Varela y que modificó, sin duda, en sentido más científico los métodos de instrucción, no ha sido completado, y maestros en general pocos hábiles y desganados, con programas que no consultaban las verdaderas exigencias del país se apoderaron de lo más exterior y aparatoso de la reforma, cayendo en todos los excesos del *surmenage*, del *chaufage*,—como dice Demolins,—ampliando demasiado la cultura de la inteligencia con detrimento de lo físico y lo moral, con lo cual se rompe el concepto de la educación integral y armónica.

Por otra parte, habiendo pasado, después del entusiasmo de la reforma valeriana la moda de preocuparse de la instrucción primaria, esta cuestión de tan vital importancia ha sido relegada á segundo tórmino en los asuntos públicos; y los gobiernos, apremiados siempre por la escasez de dinero que se les va de las manos en pagar las deudas externas, en mantener esa mitad de la nación que vive á expensas del Erario y en restablecer el equilibrio económico interrumpido con frecuencia por las revoluciones, no han podido ó no han sabido hasta ahora hallar una fórmula financiera que permita dar al presupuesto de Instrucción Primaria la expansión y el desahogo indispensables.

Hoy, con los elementos de que se dispone, es preciso reconocer que se realizan milagros, bajo la dirección de autoridades bastantes competentes; pero esos milagros resultan deficientes y no alcanzan á satisfacer el

hambre de ciencia y de moral que hay en el país. Por lo que respecta al personal enseñante es necesario también hacer justicia: aunque no se comprenda bien cómo, hay vocaciones que resisten á todas las pruebas, y maestros capaces que, sin perder los entusiasmos del trabajo resuelven el árduo problema de filosofar antes de vivir, contando en su haber con bastante menos que el héroe manchego, antes de salir por el vasto mundo á desfacer entuertos y liberar fermosuras encantadas. Pero, ¿qué se quiere que haga un maestro rural, centinela perdido en las soledades del campo con veinticinco pesos de sueldo pagados con bastante retraso? En general, pues, la juventud inteligente se aleja de una carrera tan ingrata, y hasta los alumnos normalistas se emancipan cuando pueden, de las obligaciones que contraen, buscando otros horizontes algo menos sombríos á su esfuerzo.

## V

De modo que el problema de la educación, como tantos otros en nuestro país, es ante todo un problema económico que urge resolver y hácia el cual es necesario llamar la atención de los hombres bien inspirados que nos gobiernen, toda vez que el hallar y poner en práctica una fórmula económica que permita encauzar en otras corrientes á la instrucción pública es obra exclusivamente gubernamental, dado nuestro modo de ser que excluye toda idea de poderosas iniciativas privadas. Es preciso hacer llegar al espíritu

de nuestros estadistas la suprema necesidad de abrir otros horizontes á la instrucción primaria, creando para ello los recursos indispensables.—¿De donde saldrán éstos? De donde sale el dinero para mantener la legión de pensionistas del Estado; de donde sale para pagar ios vidrios rotos de todas las revueltas. De cualquier manera, ellos sabrán de donde, porque si acaso tenemos hombres de estado, deben servir para algo más que para mantener eternas polémicas políticas y dirijir trapisondas electorales. Hay que convencer, por otra parte, al pais—susceptible aún de soportar nuevas cargas, siempre que sean justificadas,—de que no debe retroceder ante ningún sacrificio para lograr la difusión de la enseñanza primaria como base angular de la paz y la prosperidad pública.

## VI

Para resolver ámpliamente este problema de la educación, podría empezarse por constituir una comisión de personas competentes, con obligaciones y derechos reglamentados por una ley especial, con el cometido de proponer uua reforma general de la legislación y los planes de enseñanza. Esta comisión de que formaría parte la Dirección de Instrucción Pùblica en masa y que actuaría bajo la presidencia del Ministro de Fomento, podría concretarse al estudio de estos puntos esenciales:

1.o—Medios de obtener, en gran escala, los recursos imputables al presupuesto de Instrucción Pública.

2.o—Medios de arrancar la escuela á todas las influencias del sectarismo filosófico y político.

3.o—Medios de mejorar la condición moral y material del personal enseñante. Reforma del programa de examen de los maestros.

4,o—Modificaciones á introducirse en el plan y los programas de enseñanza, para que ella responda á las exigencias especiales del pais, buscando un mayor impulso á la enseñanza moral y física (1) y procurando descartar de los programas todo lo que tienda á recargar la mente del niño con un nocivo exceso de conocimientos.

5.o—Medios de crear y sostener, con arreglo á un plan racional y práctico, escuelas especiales de agricultura y artes oficios.

Un gobierno que, por los medios señalados ù otros semejantes, lograra dar solución á las diversas faces del problema de la educa-

---

(1) Nuestra raza es, en general, hermosa y fuerte. Sin embargo, la palabra fuerte debe ser tomada aquí en un sentido bastante relativo. Obsérvese á este respecto lo que pasa con la Empresa C. del Puerto, la que se ve obligada á reclutar sus obreros en la capital vecina, por la falta de vigor y resistencia de los obreros criollos. Estos se ofrecen á centenares, pero no resisten más de un día el trabajo abrumador de las canteras y los talleres. Las Inspecciones técnicas regionales, obligadas á emplear elementos del país, luchan con grandes dificultades para llenar las cuadrillas, cuyo personal se renueva constantemente. Hay flojedad en los músculos y ésta es una señal inequívoca de decadencia. Sólo á la educación puede confiarse la tarea de salvarnos de una bancarrota de la fuerza física, la peor de las calamidades que puede caer sobre un país y sobre una raza.

ción habría echado en realidad los cimientos de la verdadera grandeza moral y material del país, *resolviendo prácticamente el problema nacional* y conquistando ante sus contemporáneos y ante la posteridad una gloria más grande y más pura que la de triunfar en contiendas homicidas que nunca resolverán nada. La escuela es la paz, la escuela es el trabajo, la escuela es ese porvenir que hasta ahora hemos venido buscando á tientas, esperanzados hoy, decepcionados mañana, pero siempre fuera de los verdaderos caminos que conducen á la vida.

## CAPÍTULO XI

## Conclusión.--Mirando al porvenir

Al poner punto final á este trabajo en que, por no excedernos de los límites impuestos, hemos debido tocar harto superficialmente tanta diversidad de temas, cada uno de los cuales podría suministrar asunto para todo un libro, sentiríamos haber llevado alguna vez la crueldad del análisis más allá de los límites de lo justo y verdadero. ¡Es tan difícil evitar los extremos, especialmente cuando se trata de puntos relacionados con una ciencia tan vasta é imprecisa como la Sociología!

En todo caso, sírvanos de escudo nuestra sinceridad y el deseo de contribuir al bien del país, haciendo algo útil aunque no hermoso ni amable. ¿Cómo enseñar ni moralizar sin ser, á veces, cruel? Es bastante más

fácil conducir á un pueblo engañándole, que salvarle diciéndole la vèrdad. Napoleón, el homérico destructor de hombres, siempre resultará una figura más simpática y fascinadora que La Rochefoucauld con sus frios y agudos anàlisis, tan tristes y molestos.

Por lo demás, no debe deducirse de cuanto hemos dicho que somos pesimistas en cuanto se refiere al porvenir del país. Creemos en éste, por el contrario, y afirmamos del modo más categórico nuestra firme esperanza en sus altos destinos.

¿No habrá, en efecto, en nuestro haber, hábitos, modalidades y virtudes que puedan oponerse á la larga cuenta de las deficiencias morales y sobre los cuales pueda fundarse ámpliamente una grande obra educadora? Si que los hay!—Pueblo de tradiciones guerreras, hemos tenido ocasión de acreditar en todas nuestras luchas—que no han sido pocas! —aparte del valor, rayano, á veces, en lo heróico, todo aquel conjunto de aptitudes que hacen del nuestro uno de los soldados más bravos y aguerridos del mundo.

La abnegación, la sobriedad, la estóica resistencia á las penalidades de nuestra campaña, son virtudes que hallareis amenudo hasta en el más humilde de nuestros paisanos y que han recibido una confirmación tan gloriosa como estéril en la última contienda civil. Ahora bien: si ese valor, si esas energías indómitas, si esa tenacidad invencible, que saben triunfar de la naturaleza y del peligro, pudieran transformarse por efecto de la educación, como se transforma la electricidad en calórico y en luz ¡qué tesoros de volun-

tad, de iniciativa y de perseverancia, dispersos y perdidos hoy como la fuerza motriz de nuestros torrentes, podrían emplearse en las tareas ennoblecedoras del trabajo, que es en los individuos y en las sociedades, la paz, la riqueza y la alegría!

Aún podríamos incluir en el activo nuestro modo de ser franco y abierto—siempre que no se pone de por medio la política;—la moralidad relativa de las costumbres, la recatada modestia de nuestras mujeres, excelentes madres de familia, por lo general, y la inteligencia rápida y penetrante de nuestros paisanos; inteligencia que, apenas desflorada por una educación sagazmente dirigida, puede dar los más preciosos frutos de cultura.

No olvidemos, por otra parte, cierta cualidad exclusivamente nuestra, cierto matiz del carácter nacional que acusa diferencias bien marcadas con nuestros hermanos de allende el Plata, vinculados á nosotros por un estrecho parentesco étnico no menos que por un activo intercambio intelectual y comercial, y cuyo carácter y tendencias tienen, sin embargo, manifestaciones diametralmente opuestas á las nuestras. Allá son más fantasistas, acaso más emprendedores: pero aquí—dejando siempre de lado la política—somos tal vez algo más frios y positivos, poniéndose de manifiesto esta cualidad en esa fina percepción de lo conveniente, en ese sano buen sentido que nos vuelve reacios hasta á lo desmesurado de ciertas modas de vestir y de ciertos géneros de literatura trasnochada que viven como plantas exóticas en este ambiente, agobiados por la indiferencia ó el sarcasmo.

Esta tendencia de que hablamos, ha tenido manifestaciones de una insensibilidad extraña y terrible. Así, cuando llegaban á la capital las nuevas de los horrores y batallas de la lucha recien extinguida—que ha sido una verdadera afrenta de nuestra civilización,—no se sentía, al parecer, ni aún entre las clases cultas, ese estremecimiento doloroso de los pueblos que sufren. Después de Tupambaé siguieron funcionando los teatros y se vieron los paseos concurridos como siempre y como siempre idealizados por las sonrisas de nuestras bellas!

Con todo, hay en esta sobriedad de gestos y actitudes, el germen de una cualidad apreciable que, transformada por la educación, puede conducirnos á aquel feliz acuerdo de las facultades, que importa en sí mismo un impulso hàcia el orden y el trabajo, sin excluir por eso las manifestaciones más nobles y más puras del sentimiento y del arte.

Otro rasgo anglo-sajón: nuestro pueblo vive mucho, aunque no lo parezca, la vida del hogar, exteriorizándose esta condición en la escasez de grandes diversiones públicas y en el número cada vez más reducido, entre las gentes provectas, de personas que concurren al café á conversar y perder el tiempo. Es un auspicio favorable. El secreto del futuro está en el hogar y en la escuela, nó en las discusiones interminables del Agora, de donde salían las discordias fatales de los griegos.

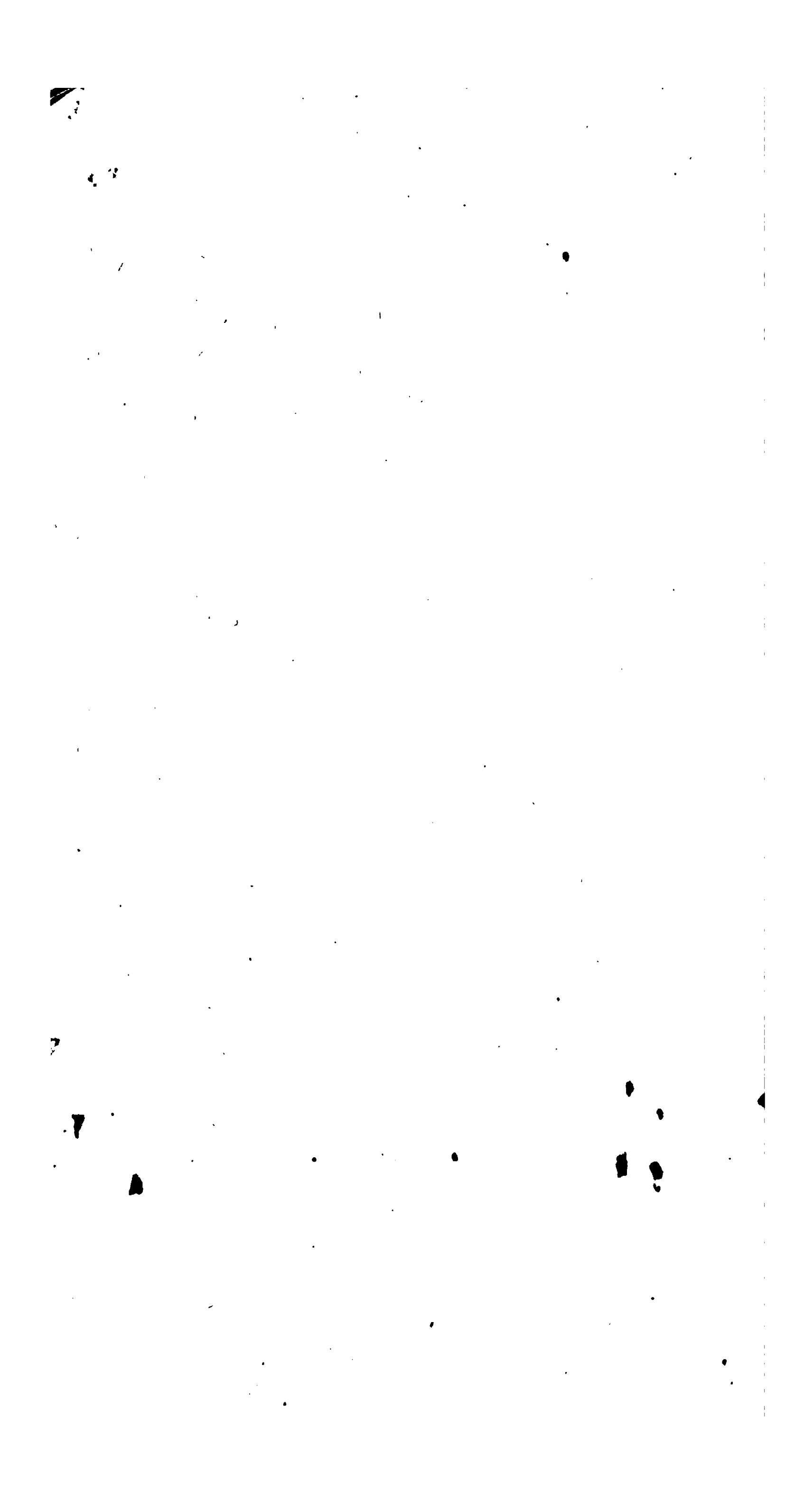
Hay, pues, mucho que hacer y mucho que esperar! Como en la mayor parte de los pueblos de formación reciente, abiertos á todas las corrientes de la colonización extranjera,

el carácter nacional es vago, indeciso, amorfo todavía y, aunque el fondo étnico en que meció su desabrida cuna el coloniaje ejercerá, sin duda, un largo predominio, puede asegurarse que no se han vaciado aùn los moldes definitivos que darán forma original y propia á su acción y á sus tendencias futuras.

Ninguna época, pues, más oportuna que la actual para intentar la obra generosa de limpiarlo de sus impurezas nativas, de rectificar sus oscuros instintos atávicos y de orientar hácia el bien sus energías, ahora que es blanda cera en manos del moralista y del sociólogo; ahora que, avergonzado de sus extravíos, siente como el anhelo de elevarse á una existencia más ámplia y á más abiertos horizontes.

Trabajemos por medio de la propaganda y de la escuela sobre ese canevá basto y desigual, pero, á las veces fuerte de nuestro carácter; trabajemos creyendo siempre en el país y en la virtualidad de sus fuerzas sociales y económicas, y no perdamos nunca de vista el gesto enérgico del héroe de «Fecundidad»: «siempre á mayor vida, á más esperanza!».





# ERRATAS IMPORTANTES

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| Pag. 30. | Donde | díce: | alzanza, | léase: | alcanza |
| » 31. | » | » | bazar, | » | azar |
| » 39. | » | » | existendia | » | existencia |
| » 39. | » | » | rehacios | » | reacios |
| » 46. | » | » | Sud-amiranos | » | Sud-americanos |
| » 89. | » | » | tórminos | » | términos |

